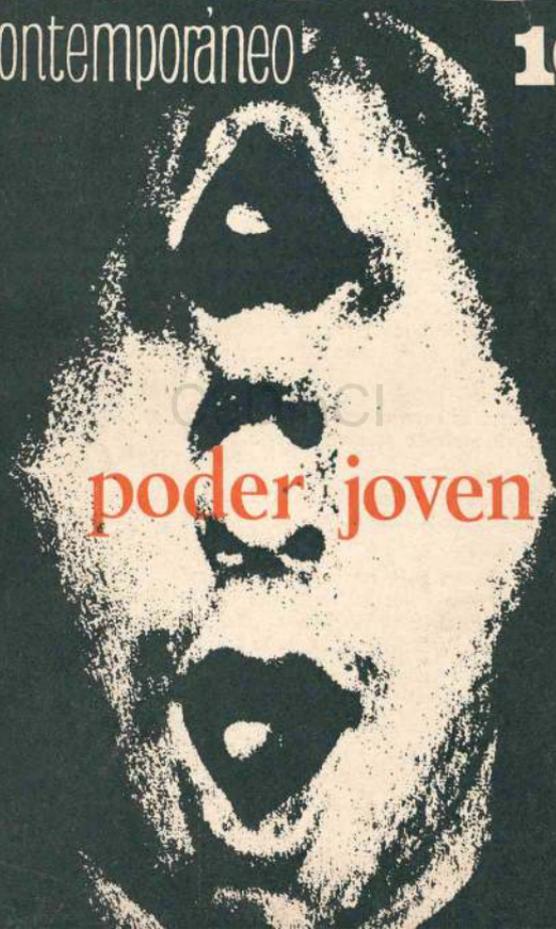


eco

contemporáneo

10



CI
poder joven

Sin embargo, es la víspera. Recibamos todos los influjos de vigor y ternura real. Y al romper la aurora, armados de ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades.

RIMBAUD

Hablar tras un largo silencio: es lo que corresponde, Todos los demás amantes se han apartado o han muerto, La lámpara enemiga ha quedado oculta bajo su pantalla, Las cortinas han sido tendidas frente a la noche hostil, En tanto nosotros conversamos y volvemos a conversar, Sobre el supremo tema del Arte y el Canto...

W. B. YEATS

Ahora es el momento de profetizar sin la muerte como consecuencia.

GINSBERG

No estamos a favor ni en contra de nada. Nosotros lo utilizamos todo.

ARRABAL

Ven como estés, no te entretengas más. Si se te ha soltado la trenza, si no te has sacado bien la raya del pelo, si las cintas de tu corpiño están sueltas, qué importa. Ven como estés, no te compongás más.

TAGORE

eco

contemporáneo

revista y ediciones de
exploración humana para la
creación de una alternativa

Volumen 10 — Era Sicondútica

Invierno 1967

- 2 editoriales
- 7 EL HOMBRE MARGINAL - Colin Wilson
- 17 LA TORTUGA BLINDADA... - H. Malinarich M.
- 25 MANIFIESTO POETICO - Dylan Thomas
- 28 MIRANDO UN CICLOTRON - P. Teilhard de Chardin
- 36 CARTA A YEVTUSHENKO - Stephen Schneck
- 40 OPERACION SIGMA - Alexander Trocchi
- 49 DIARIO ARGENTINO - Witold Gombrowicz
- 55 RIMBAUD REY - Eugenio Montejo
- 58 LA ARGENTINA CREPUSCULAR - Miguel Grinberg

Asesor literario: Eduardo Barquín

Diseño gráfico: Pedro Luis Onetto

Foto de la portada: Fernando Irazábal



Eco Contemporáneo aparece en la ciudad de Baires coincidiendo con las estaciones - R. N. de Propiedad Intelectual N° 921.654.

Editores: Miguel Grinberg - Ektor Nho - Odín Peñaloza Moreno.
Asesores: Aldo Sorenson Vitale - Juan Caesar Kreimer. Traducciones: Tina Lindgren - © 1967 - Derechos Reservados. Único vocero autorizado del Movimiento Nueva Solidaridad y de DELTA (Dinamización existencial liminar trasmutable asistémica). Conectados con el UPS (Underground Press Syndicate).
Oficina de enlace: San Martín 486 - 1° 15 - Capital Federal.
Correspondencia a: C. Correo Central 1933 - Baires - Argentina.

INDOMITOS Y MARGINALES

Enemigos de nadie, excepto del Verdugo.
CAMUS

Así como muchas veces elogiamos el silencio, hoy volvemos a quebrarlo. Para algunos se trata de una contradicción. Para nosotros un modo de crecer: nuestras únicas constantes son el cambio y una maravillosa incapacidad de conformarnos. En 1961 iniciamos el ciclo de la Generación Mufada, en 1963 el de la Nueva Solidaridad, ahora el del Ser Marginal. Publicaremos una serie de textos sobre el tema, no con el afán de fundar otra secta beligerante, sino con la intención de nuclear una tribu creadora.

Y lo hacemos convencidos de que la construcción de una alternativa es un modo fecundo de hacer la Revolución: no aspiramos a invadir la Casa Rosada sino a tomar nuestro poder de creación.

Indómitos pues nos vamos a integrar con la Mediocridad. **Marginales** porque no queremos guerrear con la sociedad actual sino que aspiramos a fundamentar la del año 2.000 sin acatar ningún Acta de Sometimiento a la caducidad organizada o a la banalización de la vida.

TIEMPO DE PROFECIA

Las revoluciones políticas —por más límpidos que sean sus fines, por más heroicos que sean sus medios— son en sí mismas lamentables ejemplos de atentados contra la conciencia humana (una de cuyas porciones es el estómago). Los herederos de la Francesa, la Americana, y la Rusa no hicieron más que traicionar a sus artífices manteniendo al ciudadano convertido en engranaje, en un animal de costumbres encadenado al sistema de la oferta y la demanda. Los Gobernantes de hoy son fieles depositarios de un legado fundado en la barbarie y administrado por diversas estirpes de Verdugos. Y las escasas huestes de nuestro Teniente General no van más allá de una opaca acumulación de enunciados vertidos con varias décadas de atraso. Pero no nos interesa ser **opositores** ni derribar al Gobierno para reemplazar a los burócratas ministeriales. No queremos tomar el poder político, sino que tratamos de evitar que nos tome a nosotros. Tenemos entre las fibras otra revolución más rotunda y más acorde al tiempo histórico. La Revolución Siquica: clave fundamental de la liberación humana total y del mejoramiento de la especie.

UNA GENERACION SICONAUTICA

Vivimos sitiados por neuróticas manadas de cerdos eficientes. Ellos tienen el confort, pero nosotros poseemos las herramientas del éxtasis. Ellos se ajustan a las equívocas leyes del conformismo, el prejuicio y el odio. Nosotros corremos libres bajo la lluvia y avanzamos firmemente hacia lo desconocido (exterior/interior) convencidos de que vivir es derribar sin pausa las fronteras de lo posible. Somos **siconautas** porque no admitimos barreras entre lo cotidiano y lo trascendente, lo terrestre y lo intemporal.

No predicamos nuevas versiones del misticismo trasnochado, de la venalidad política o de la filosofía abstracta. Cada artículo que publiquemos reflejará distintas maneras de aproximarse a la revelación de un universo al que sólo los fósiles dan la espalda.

Al hablar de autoconciencia no preconizamos la automatización de las percepciones sino que buscamos rescatar ese poder de captación que habitualmente bloquean las espectrales imágenes de un mundo irreal que no nos atrae. Cuando hablamos de autoconocimiento estamos tratando de liquidar infinitas alienaciones cotidianas. Luego vendrá el instante de la espontaneidad plena, ese grado donde autocrítica y sabiduría se funden en una sola capacidad a partir de la cual se fluye instantáneamente más allá de las categorías.

No descuidamos el territorio de la vida social. En nuestras páginas confluyen permanentemente imágenes de un mundo concreto y postales de otra dimensión donde hombres y mujeres **siconautas** navegan riesgosamente enviando mensajes reveladores para quienes se dispongan a captarlos. Tal vez al fin de este ciclo hayamos logrado una síntesis dinámica donde fe, ideología y concepción/percepción del universo se fusionen como en un crisol para permitirnos no simplemente avanzar otro paso, sino liquidar para siempre las sistematizaciones. Entonces, nuestra estatura será una galaxia que crecerá en el silencio de las miradas como un inaudito pétalo de fuego inaplacable.

M. G.

PODER JOVEN

Porque somos tiernos, pacíficos e insobornables.
Porque a veces no somos tan pacíficos...
del PRIMER MANIFIESTO CRONOPICO

Quienes alrededor de 1955 pasamos de la infancia a la adolescencia, no podemos evocar la última década sin una amarga sensación de asco. Pero ahora no corresponde lanzar un lamentito estéril. Debemos recordar que el tiempo es nuestro aliado y que la marginalidad es sólo un punto de partida: el resto es mirar adelante y crear. Allá están los mayores chapoteando en la torpeza, la impotencia y el resentimiento. Aquí estamos nosotros, con nuestra capacidad de asombro y un caudal inaudito de energía latente.

De tanto predicar la moderación, el "buen ciudadano" vive en una oscura jaula. Los jóvenes marginales —si bien a veces deambulamos por una tierra de nadie entre el cielo y el infierno— sabemos que nada podemos esperar del Sistema, excepto puercos ejemplos de servilismo. Nuestra marginalidad no es una evasión, sino un método disciplinado para llevar el cuerpo de la Civilización a un orgasmo existencial jamás imaginado por el utopista más audaz. Nada hemos inventado. Seguimos la huella de precursores que no figuran en la Historia de las escuelas oficiales. Y tenemos al frente una perspectiva basada en acciones, no en ilusiones.

"La carencia de poder genera una raza de mendigos."

Canalizaremos nuestra joven potencia. Ante la esclerosis asumimos nuestra inmadurez con un millón de alternativas e innumerables realidades **por-ser**. No es un nuevo producto que deberemos publicitar para que nos acepten "los superados". Nada le explicaremos a los hipócritas. La sociedad paternalista/autoritaria puede seguir jugando a la adultez y al escepticismo. Nuestras manos están tendidas hacia la solidaridad y la confianza. (Ojo: defenderemos la siembra.) El resto es ser humanos aunque aülle la jauría. El resto es crecer y multiplicarse.

E. N.

LA PRIMERA POSICION

Nosotros somos un pequeño género humano,
poseemos un mundo aparte, cercado por dilatadas mareas,
nuevo en casi todas las artes y ciencias... SIMON BOLIVAR

Europa —potencia terrestre cuna de grandes civilizadores— fue edificada sobre una tradición de naciones imperiales, también cuna de piratas y corsarios que saquearon al planeta en nombre de las casas reales dominantes. Luego surgieron otros competidores, y las dos grandes guerras de este siglo no fueron otra cosa que una cuestión de finanzas. Hay una ideología común que gobierna, guerra y deforma: el oro. Un clan —pese a sus rivalidades nacionales— de sexagenarios y septuagenarios al Este y al Oeste de la vida es fiel a una misma bandera: el mercado de divisas.

Desde Hiroshima, los mecanismos bélicos se han estilizado. Ya no se lucha (esta tercera guerra comenzó en 1945) en tierras de las Grandes Potencias, sino exclusivamente en Africa, Asia, el Oriente Medio e Indoafrica. El móvil de la batalla del Congo son las ricas minas de Katanga, la de Levante es el petróleo. Y por sobre todo ello, la insaciable codicia de los Imperios y esta clara evidencia: su único modo de sobrevivir es la expansión constante.

Indoafrica, Afroamerica, Euroamerica: 1967. Aquí estamos, a medio camino entre los continentes y la nada. 220 millones de seres a quienes los Imperios recomiendan control de natalidad en vez de buena nutrición, sabiduría y potencia. Un "mundo aparte" apto para la venta de armas pero no para la grandeza. La única democracia, el único socialismo y el único bienestar que conocemos se llama frustración y tiene todos los rostros posibles del dolor.

Todo comienzo es difícil. Quizá si 1000 argentinos se lo propusieran en firme, podríamos iniciar el rescate de la patria. Argentina primero, sin pausa ni miedo, con los que quieran y puedan.

O. P.



Foto de Elkoh Hosoe - Cortesía Editorial Lumen

EL HOMBRE MARGINAL

Colin Wilson



El *Marginal*¹ fue un libro incompleto. Intentaba documentar y ordenar un tema que, por razones personales, hallo particularmente atractivo: el de la tensión mental y la casi insanidad.

Después de unos años, la figura obsesionante a la que he llamado el *Marginal* se convirtió para mí en la figura heroica de nuestro tiempo. Mi visión de la civilización era una imagen de baratura y futilidad, la degradación de todas las normas intelectuales. En contraste a ello, el *Marginal* me parecía un hombre que, por ningún motivo aparente, se sentía solitario entre la muchedumbre de la gente común. Como lo concebía, podía ser un maniático llevando un cuchillo en una bolsita negra, orgulloso en aparecer inocente y normal ante los demás; podía ser un santo o un visionario, importándole únicamente el momento en el que parecía comprender al mundo, y ver en el corazón de la naturaleza o de Dios.

Cuanto más *Marginal* lo consideraba, más lo sentía como un síntoma de nuestro tiempo. Esencialmente, como un rebelde, su rebelión era contra la falta de tensión espiritual en medio de una civilización materialmente próspera. Los primeros nueve volúmenes de las *Confesiones de Agustín* son un testimonio del *Marginal*, y Agustín vivió en una sociedad romana que se desintegraba. No me parecía un paso atrevido definir al *Marginal* como el síntoma de una civilización en decadencia: los *Marginales* aparecen como erupciones de una civilización moribunda. Un individuo tiende a ser lo que su contorno hace de él. Si una civilización está espiritualmente enferma, el individuo sufre la misma enfermedad. Si tiene la salud suficiente como para combatir, se convierte en un *Marginal*.

El estudio del individuo espiritualmente enfermo pertenece a la psicología, pero considerarlo en relación a una civilización enferma es entrar en el ámbito de la historia. Es por eso que en mi libro posterior, **La Religión y el Rebelde**, intenté seguir dos rumbos simultáneos, explorando profundamente al Marginal, mientras al mismo tiempo enfocaba el problema histórico de la decadencia de las civilizaciones.

Un camino lleva hacia adentro, hacia el misticismo, el otro, hacia afuera, hacia la política. Desafortunadamente, casi no tengo capacidad para las prácticas políticas, por eso el énfasis del libro recayó en la religión y la filosofía. Donde el sendero desaparecía entre los matorrales de la teoría política, lo abandonaba. Espero que alguien menos adverso que yo a la política enfoque el problema donde lo he desatendido.

Varios críticos han objetado —con cierta justificación— que el término “Marginal” es ambiguo, que una palabra aplicable tanto a Boehme como a Nijinsky, tanto a George Fox y Gurdjieff como a T. E. Lawrence, Van Gogh y Sartre, resulta casi insignificante. Pero mi uso del término “Marginal” es deliberadamente vago. En mi caso, la pregunta fundamental que existe detrás del Marginal es: ¿Cómo puede el hombre ampliar su esfera de conciencia? Pienso que los seres humanos usufructúan una parte de conciencia tan angosta como las tres notas centrales del teclado de un piano. Que el posible área de los estados mentales es tan ancho como el teclado entero, y que el objetivo fundamental y el trabajo del hombre consiste en extender esa esfera de tres notas a todo el resto. Los hombres a los que me referí en **El Marginal** tenían en común: un conocimiento instintivo de que su esfera *podía* ser ampliada, y una persistente insatisfacción del ámbito de sus experiencias cotidianas.

Esta, debí admitirlo, es la urgencia que reside bajo todo lo que pienso y escribo. Lo destaco aquí para que en la mente de ningún lector queden dudas sobre la preocupación central de mis obras.

La publicación de **El Marginal** me proporcionó algunas introspecciones interesantes. Recibí más atención de la que mi editor o yo esperábamos, y, súbitamente, me encontré envuelto en un sinfín de actividades. Durante muchos meses después de su publicación, carecí de tiempo a solas, tan atrapado estaba en una ronda de entrevistas periodísticas, conferencias, reportajes radiales, lectura y respuesta de cartas, invitaciones a cenar, y demás. El resultado fue exactamente lo que temía: me hallé perdiendo las preocupaciones que me habían llevado a escribir **El Marginal**. Extraños que decían ser marginales me escribían largas cartas describiendo sus síntomas y pidiendo consejos, hasta que empecé a sospechar una parodia. En ese punto, descubrí que había cesado de captar los estados de conciencia que hay más allá de mis dos o tres notas comunes. Volviendo a mi terminología, había comenzado a ser un Enterrado.²

Apunto esto porque es de central importancia para el tema. La mayoría de los que conozco, viven ejemplarmente así: trabajando, viajando, comiendo, bebiendo, y conversando. El ámbito de la actividad diaria en la civilización moderna levanta un muro alrededor del estado ordinario de conciencia y hace casi imposible ver más allá. Tal cosa es provocada por las condiciones en que vivimos. Es lo que ocurre en una civilización que siempre hace ruido como un dinamo, y que no proporciona ocio para la paz ni la contemplación. Los hombres comienzan a perder la intuición de “modos desconocidos de ser”, esa capacidad de construir que los llevaría a ser algo más que cerdos altamente eficientes. La pérdida de esa capacidad produce un horror contra el que el Marginal se rebela.

OCIO Y VOLUNTAD

Hace varios años descubrí en la Catedral de Winchester un panfleto del señor T. S. Eliot: era un discurso suyo en la Catedral y tenía un título poco prometedor “Sobre el uso de las Catedrales en Inglaterra”. Durante tres cuartas partes del panfleto, el señor Eliot habla como un estudioso clérigo provinciano sobre las relaciones entre la Catedral y las iglesias parroquiales. Pero, sobre el final, habla de la posición del párroco y el capellán, y su panfleto se convierte de pronto en una apasionada demanda de ocio en una civilización moderna. Ataca la posición según la cual el párroco y el capellán deben ser rectores deambulantes, predicando sermones por toda la parroquia, y pone énfasis en que un buen pensamiento teológico requiere calma y contemplación. Aporta su propio ejemplo para fortalecer su punto de vista: trabajó siempre como editor a fin de tener el suficiente tiempo libre para escribir, y cualquier valor permanente que su obra pueda tener (dice modestamente) se debe a que escribió solamente lo que *quería* escribir, sin compulsiones de satisfacer a nadie, excepto a sí mismo.

Recuerdo que en esa época me entusiasmó una declaración similar de T. E. Lawrence en **Los Siete Pilares**. Por mi parte, hallé que me atraía más trabajar como peón o lavaplatos antes que la vida de oficina; pues aunque no tenía más que la resistencia normal al trabajo pesado, tenía un temor muy real al adormecimiento de los nervios y la sensibilidad que provoca el aburrimiento y la sumisión al propio menosprecio. Una tarde estaba pegando sobres con una esponjita húmeda, cuando un joven que parecía cómodo desempeñándose como mandadero comentó: “Destruye el alma, ¿no es así?” Una frase de lugares comunes, pero nunca la había oído antes, y la repetí como una revelación. No destrucción del alma, sino destrucción de la vida; la fuerza vital frenada produce un olor como el agua estancada, y el ser entero se emponzoña. Desmond —tal era su nombre— siempre lucía pulcro y eficiente, y nunca lo vi perder la paciencia. Mi predisposición al abu-

rimiento y a una irritable sensación de desgracia, me llevó a dividir a la gente en dos clases: la que se desagrada, y la que no. Y los primeros tienen más aversión a los últimos que a sí mismos.

Tales experiencias fueron la base de todos mis análisis, mi punto de partida; y mis pensamientos se apuntaron a descubrir alguna solución que permitiera a la gente que se disgustaba, hallar razones —o métodos— para derrotar su menosprecio, sin esclerosarse en la complacencia. A la gente que se disgustaba la llamé Marginal. El aburrimiento, sabía, quería decir no tener lo suficiente que hacer con las propias energías vitales. La respuesta a esto, sencillamente, reside en extender el radio de la conciencia, poner en circulación las emociones y hacer trabajar la inteligencia, hasta que nuevas áreas de conciencia sean incorporadas a la vida, así como la sangre que empieza a circular nuevamente por una pierna que ha estado entumecida.

Eso era apenas el punto de partida. Disponer del ocio no es suficiente, el ocio es solo un concepto negativo: el ancho y despejado terreno donde uno puede edificar casas decentes después de haber quitado los conventillos. El problema siguiente es empezar a construir.

Hallé agotador trabajar para un patrón en una fábrica o en un lavadero, envié a aquellos hombres que pueden ganarse la vida haciendo las cosas que les gustan. Pero un contacto más directo con esos hombres —escritores, artistas, periodistas— me ha probado frecuentemente que han demolido un tugurio para reemplazarlo por otro, ligeramente adaptado a sus gustos, pero un tugurio al fin de cuentas. Desde el punto de vista de la salud espiritual, no pienso que haya mucho que elegir entre un obrero que ha trabajado en la misma fábrica durante cuarenta años y en consecuencia está deformado y atrofiado; y un novelista que ha pasado escribiendo el mismo tipo de novelas durante cuarenta años y que tiene una casa en la Riviera.

...Cuanto más se combate, mayor caudal de vida es posible. Por eso, para mí, el problema de vivir se resolvía en la cuestión de elegir obstáculos que estimularan mi voluntad. Instantáneamente, reconocí que nuestra civilización va en sentido contrario: toda nuestra cultura y nuestra ciencia están apuntadas a capacitarnos para realizar la menor voluntad posible. Todo se hace fácil y si, después de una semana de rutina ofinesca y de viajar en ómnibus, aun sentimos la necesidad de aplicar un exceso de energía, siempre podemos entretenernos con esos juegos asociados a obstáculos artificiales, donde la voluntad se aplica a derrotar a un equipo de jugadores de cricket o fútbol, o simplemente a luchar contra la imaginaria Efige que inserta las palabras cruzadas en el diario. También hemos inventado una forma de pensamiento que calza al dedillo en esta abdicación de la voluntad: lo llamábamos filosofía abstracta. Es esencialmente el producto de la civilización occidental. (Mis premisas existencialistas me hacen recordar que nada es la

filosofía si no es un intento de poner la propia experiencia bajo un microscopio.)

EXISTENCIALISMO Y ARTE

El existencialismo comienza con el Marginal, y termina... nadie sabe dónde; pero su camino corre a través de la religión. La religión no es un fin: es un bastón para el camino.

Cuando decía que Platón, Goethe y Shaw fueron existencialistas, implicaba que los tres fueron pensadores para los que pensamiento y vida son inseparables. El otro hombre para el cual pensamiento y vida resultan inseparables es el artista; su arte es el resultado del impacto de la vida en su sensibilidad. Pero, normalmente, pasa todo su tiempo procediendo como un aparato de registro; su objetivo usual es mantener la superficie "receptiva" de su sensibilidad lo más impresionable posible.

Cuando el artista comienza a registrar la vida en su sensibilidad, ha empezado a pensar: incluso si su fórmula para el arte es tan simple como la de Monet "Un ojo, un pincel." El pensar es un movimiento de análisis, y un artista raramente se destaca simultáneamente por su sensibilidad y su poder de análisis. A menudo sobresale en un terreno o en otro, como Shakespeare o Kant, Dante o Hegel.

Hay creadores que van más allá del mero artista o el pensador. El artista falla en su capacidad analítica; el pensador falla en su sensibilidad. Ciertos hombres han creído que la vida misma es la materia prima de la filosofía. Ellos no creen que la aceptación pasiva de la experiencia por el artista sea la única necesidad. Tampoco creen que la habilidad del pensador para enrollar al mundo en una (teórica) bola sea de elemental importancia. La filosofía no debería elaborarse con pensamientos y análisis, como un castillo de naipes, debería nutrirse de la experiencia viviente. Platón está fascinado por las matemáticas, e igualmente interesado en la mente de Sócrates o Protágoras, y en la psicología de Mileto y Xantipo. De hecho, Platón es uno de los primeros novelistas de la historia. Lo mismo en Goethe, la posteridad lo conoce como poeta y amador, aunque tenía la mente incansable del filósofo y el científico. Rodolfo Steiner prestó un invaluable servicio editando los trabajos filosóficos y científicos de Goethe, y revelando que Goethe poeta había oscurecido a Goethe filósofo para la posteridad.

Goethe revivió un gran concepto que ya estaba presente en Platón: la idea de *Bildung*, o educación. No la educación académica, sino la educación que prepara para la vida, lo que provoca el crecimiento: la educación del sabio y el santo. Wilhelm Meister se basa en un joven que aprende de su experiencia. Y esto es de obvia importancia para el Mar-

el heroísmo de las novelas de Hemingway posee un fundamental significado religioso. En ese punto comencé *El Marginal*. Mi tesis era que la religión comienza con el estímulo del heroísmo reemplazando a la imaginación. Los Marginales de los primeros capítulos eran hombres hambrientos de heroísmo, encallados en una era no-heroica. Su "anormalidad" como Marginales residía en sus intentos de fabricar su propio "heroísmo". La queja de Roquentin (*La Náusea*) era: "No hay aventura", e implicaba que esto es verdadero en la civilización moderna.



Traté de demostrar que el ansia por una mayor intensidad de imaginación (de vida) toma la forma de una búsqueda del heroísmo. Este hambre de lo heroico era completamente visible en las vidas de Van Gogh, T. E. Lawrence, Rimbaud, Gauguin. (Guido Ruggiero ha llamado a Gauguin y Rimbaud "santos existencialistas", y declaró —con completa precisión— que el existencialismo toma a la vida como una novela de aventuras.) Ektor Hushabye en *Heartbreak House* es el símbolo del héroe en la edad moderna —amariconado por una eficiente civilización técnica, ejerce su heroísmo en la imaginación— donde se convierte en un bufón.

Traté de demostrar el modo según el cual el heroísmo es la base de la vida de todas las grandes figuras religiosas. Cuando George Fox dejó su casa de Leicestershire para andar por los caminos como un predicador vagabundo, estaba inspirado por el ejemplo heroico de Jesús. El valor de Jesús como héroe lo hizo el centro de eso que también motivó la obra de Dostoevsky. La auto-tortura del santo, su renuncia al mundo, también es heroísmo.

Nietzsche sabía que el ideal de una "paz universal" es un ideal falso; el hombre siempre intentará crear oportunidades para lo heroico. Las guerras del siglo XX son la expresión de una frustración inconsistente. Kierkegaard tenía razón cuando dijo que el aburrimiento es el verdadero mal del mundo. Una religión es el receptáculo de lo heroico, el símbolo de la necesidad del hombre de luchar por la captación. Las guerras mundiales y el fracaso de la religión son compañeros inevitables.

Ese era el tema de *El Marginal*. El libro concluía con una pregunta: ¿Qué puede hacerse? Pero también indicaba claramente la dirección

que debía tomar el argumento. (Un crítico yanqui dijo que mi libro siguiente sería indudablemente mi propia "receta para una nueva religión".)

En *La religión y el Rebelde* el análisis ha sido forzado para ampliar su ámbito. El Marginal debía ser considerado como un fenómeno de la civilización moderna. Se llegaba a esta conclusión: es el síntoma de una civilización en decadencia. Pero, al menos, es un signo de salud.

Creo que todas las civilizaciones llegan a la crisis, la Occidental ha arribado a ese momento. Creo que esto plantea un desafío: pulverizarse o apuntar a objetivos más altos. Hasta ahora, ninguna civilización ha enfrentado exitosamente este desafío. La Historia es el estudio del osario de civilizaciones que fracasaron, así como el pterodáctilo y el dinosaurio.

En la segunda parte del libro he tratado de demostrar cómo la religión (el espinazo de la civilización) se ha insensibilizado en una Iglesia que resulta inaceptable para los Marginales, y los Marginales —hombres que se esfuerzan por convertirse en visionarios— se convierten en Rebeldes. Actualmente, el progreso científico que nos ha aproximado más que antes a la conquista de los problemas de la civilización, nos ha arrebatado la conducta espiritual; y el Marginal es un rebelde doble: un rebelde contra las Iglesias establecidas, y un rebelde contra las no-establecidas del materialismo. Por esto es el auténtico heredero. espiritual de los profetas, Jesús y Pedro, Agustín y Peter Waldo. En cualquier época, la religión más pura está en manos de sus rebeldes espirituales. El siglo XX no es una excepción.

Nietzsche y Shaw creían que las fuerzas vitales apuntan hacia la creación de tipos más que humanos, hacia el Superhombre, el Santo o el dios. Creían que la vida se orienta hacia esa creación-dios, lenta e inevitablemente, como los movimientos de un glaciar. Pero las conclusiones de mi libro se dirigen a una posibilidad diferente. Cada vez que una civilización llega a un punto crítico, es capaz de crear un hombre mejor. La respuesta exitosa a la crisis depende de la creación de un nuevo ser. No necesariamente el Superhombre nietzscheano, sino de un tipo de hombre con una conciencia más amplia y un sentido de sus propósitos más profundos que nunca. La civilización no puede continuar en el presente embrollo, este desfile de misiones que producen mejores y mejores refrigeradores, pantallas de cine más y más anchas, secando constantemente en los hombres toda vida espiritual. El Marginal es un intento de contrabalancear esta muerte de los propósitos. El desafío es inmediato y exige respuesta a todos los que sean capaces de entenderlo.

Bajo estas circunstancias, sería tonto hablar de "remedios". Incluso es todavía muy temprano para hablar de un diagnóstico final. En el capítulo principal de *El Marginal* (El intento de ganar control) hablé

de tres tipos de disciplinas: la intelectual, la física y la emocional, resumidas por T. E. Lawrence, Nijinsky y Van Gogh. Nuestra civilización, parecería, sufre de la enfermedad de Lawrence: demasiado intelecto, y la consiguiente ansiedad de factores emotivos y físicos. El existencialismo es una protesta en apoyo de la completitud, del equilibrio. Siendo bastante difícil prescribir algo para el individuo Marginal; resulta casi imposible hacerlo para la Civilización. En el siglo XX el existencialismo juega claramente el mismo rol que el cristianismo en el Imperio Romano, durante la primera centuria. El paralelo se sugiere únicamente como un parapeto contra el pesimismo.

Para el individuo Marginal la solución consiste en dar nacimiento a una nueva conciencia. Las circunstancias no son tan despreciables como podrían ser. Comparadas con la situación posterior a la Primera Guerra Mundial parecen peculiarmente esperanzadas. Hay en el aire un sabor de revuelta intelectual. Pero la carga sigue sobre el Marginal. No puede haber fácil "compromiso" por más que la seriedad de la situación no tenga precedentes. Si nuestra época está al borde de su última decadencia, como la civilización griega en los tiempos de Platón, el Marginal sólo puede observarla con curiosidad científica, y continuar —como Platón— meditando en problemas no tan inmediatos. Este separarse es la básica condición del sobreviviente, un signo de optimismo fundamental:

Todas las cosas caen y son construidas nuevamente
Y aquellos que otra vez las construyen están contentos.

Así decía Yeats. Y contaba sobre tres viejos chinos que observaban el disolverse de una civilización; su actitud es la respuesta del Marginal sobre el compromiso:

Observan toda la trágica escena.
Uno pide melodías fúnebres;
Dedos hábiles comienzan a tocar.
Sus ojos entre muchas arrugas, sus ojos,
Sus ancianos, brillantes ojos, son alegres.



NOTAS DEL TRADUCTOR:

1. Wilson se refiere a "The Outsider", obra que apareció traducida como *El Disconforme*. Creemos que *Marginal* es la expresión más ceñida a la idea.
2. La traducción citada decía *Encajado*, un término no tan rotundo.
3. Algo que nada tiene que ver con el misticismo bobo, sino que partiendo de una certidumbre autocrítica acomete todas las barreras conformistas. En todo ello hay una percepción de cosmidad que suele aterrorizar a los racionalistas.

LA TORTUGA BLINDADA Y LA GUERRA PSICOLOGICA

Humberto Malinarich M.

Las figuras de sus líderes no hacían más que subrayar la gran decepción.
ERICH FROMM: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*

Existe una violencia institucionalizada (las dictaduras) y actos de violencia contra un status o un régimen establecido (grupos de terroristas y/o de guerrilleros). Ambos tipos de rupturas de la legalidad coexisten en grandes zonas de América Latina. La relación entre uno y otro tipo de violencia se rompió después de la revolución cubana. Normalmente, antes de Fidel Castro, la guerrilla o el atentado terrorista urbano era la reacción desesperada correspondiente a la existencia de un gobierno dictatorial (el caso de la Columna de Luis Carlos Prestes en el Brasil) o a la combinación de una dictadura con la ocupación del territorio nacional por una potencia extranjera (Sandino en Nicaragua). Después que Castro bajó de Sierra Maestra cambiaron los términos de esta relación. Los actos de violencia no son una reacción contra la violencia institucionalizada, sino un producto de la guerra psicológica. Solo así se explica la existencia de la guerrilla en Venezuela y Perú que aparece precisamente bajo gobiernos elegidos en elecciones libres y democráticas y que cuenta con un fuerte respaldo popular.

En el campo de la violencia institucionalizada también se registran cambios en los móviles y motivos de los golpes militares. Del rudo cuartelazo que servía para desplazar a un militar por otro, o a una familia oligárquica por otra, sin mayores variantes políticas, sociales y económicas, se pasa a los golpes "rectificadores". En estos últimos se derriba un gobierno para enmendar una política que daña a un grupo social (exportadores, importadores, comerciantes, agricultores, etc., etc.) colocando en su lugar a un representante de ese núcleo. Esta etapa termina, o está casi terminada en América Latina, para dar paso a los "golpes preventivos", es decir, para evitar reformas estructurales que puedan modificar el status quo. El golpe militar trata de impedir que una nueva fuerza social pueda llegar al poder para producir profundos cambios en las bases mismas de la sociedad tradicional. Los casos típicos, en

este sentido, son los de Castelo Branco en Brasil y Juan Carlos Onganía en Argentina. Ambos, además, muestran un nuevo estilo dentro del folklore golpista latinoamericano, y es a este particular "new look" del cuartelazo al que nos referiremos en este artículo, pues entra de lleno en el campo de la moderna guerra psicológica. Tomaremos específicamente el caso de la Argentina.

Desde el año 1930 a la fecha Argentina ha tenido dieciséis Presidentes. De éstos, diez han sido militares y sólo seis civiles. Ninguno de los civiles ha podido terminar su mandato, y todos, civiles y militares (excluyendo a Onganía que recién se inicia), han debido afrontar conspiraciones o golpes de estado. El record lo batió Frondizi, que tuvo que soportar 32 crisis provocadas por los institutos castrenses. A un ritmo dramático de un presidente cada 27 meses no hay pueblo que resista la frustración y el escepticismo. La rotativa gubernamental impidió, pues, la consolidación de una democracia en Argentina. Más aún, de ella solo habían dejado la fachada, pues en los pequeños intervalos en que permitieron el ascenso de un gobierno elegido democráticamente, no lo dejaron gobernar, vetando sus decisiones, presionándolo para que adoptara otras totalmente contrarias a su voluntad y pensamiento, controlando los teléfonos de sus ministros y demás funcionarios, interfiriendo en la política nacional e internacional del legítimo gobernante.

Desde que los militares derribaron a Yrigoyen en 1930 hasta el explosivo populismo de Perón, los institutos militares gobernaron la Argentina valiéndose de interpósitas personas. Desde el 4 de junio de 1943 hasta el primero de mayo de 1958 (quince años) la Argentina estuvo gobernada directa y exclusivamente por generales. Solo dos mandatarios, en todo este largo periodo de 37 años, han sido elegidos por sufragio libre de presiones y sin fraude electoral: Frondizi e Illia. Tuvo razón el subsecretario del Interior de Onganía, José Manuel Saravia, al afirmar en su libro "Serás lo que debas ser", editado en 1964:

"La democracia argentina no está en crisis. Lo que ocurre es que nunca llegó a existir, entre nosotros, una democracia... auténtica; hay un abismo entre las palabras y la realidad: durante años la Argentina ha vivido en un orden jurídico formal desprovisto de contenido."

La rotativa gubernamental impuesta por los golpes militares impidió la consolidación de una democracia en Argentina. Más aún, de ella solo habían dejado la fachada que, finalmente, fue derribada por Onganía. En esta etapa de los "golpes preventivos" siempre hay un grupo social claramente identificado que actúa como incitador y profitador de los asaltos militares al poder civil. En su libro "Generales contra Presidentes en América Latina", Edwin Liewen afirma:

"Aunque para las oligarquías resulta cada vez más difícil convivir con las fuerzas armadas de que entre ambos factores existe identidad de intereses, todavía cuentan con el poder necesario para provocar intervenciones militares, para lo cual desacreditan a los gobiernos democrá-

tics a través de sus medios de difusión, se niegan a cooperar económica o políticamente e incitan a la violencia y al quebrantamiento de la ley y el orden."

En la historia argentina de los últimos 37 años ésta es una verdad evidente. Cambian los nombres de los militares golpistas y el de los mandatarios derrocados, cambian los pretextos y las técnicas del golpe militar, pero el camino es el mismo, el descrédito previo de la democracia. La tipicidad de este trabajo es elocuente en el caso de Frondizi, derribado el 29 de marzo de 1962. Fue una guerra psicológica contra la democracia realizada mediante todas las técnicas modernas. El coronel francés Charles Chandessais, en su estudio "La Psicología en las Fuerzas Armadas", afirma refiriéndose a la guerra psicológica:

"Un ejército que posee bombas atómicas es singularmente temible; pero ¿cuánto más poderoso es aquel que puede obtener la sumisión total de sus adversarios sin hacer uso de las armas? Dentro de estos términos se plantea el problema de la guerra psicológica... En último análisis, el combate y la guerra tienden a destruir la moral enemiga, es decir, la sumisión del adversario. Ya se obtenga por la destrucción material o "corrompiendo" la voluntad de combatir mediante propaganda subversiva, los resultados son los mismos... Las acciones directas referentes a la moral intentan modificar las creencias adversarias mediante la dialéctica, la insinuación o la información y emplean el lenguaje oral y escrito o la imagen."

Los institutos castrenses argentinos han dedicado especial atención al montaje de un complejo aparato para el análisis métrico de la ideología enemiga y la encuesta sistemática de opiniones. Hace dieciséis años que funciona en manos de las Fuerzas Armadas un extraordinario dispositivo de guerra psicológica integrado por el Servicio de Informaciones Navales (SIN), el Servicio de Informaciones de Aeronáutica (SIA), el Servicio de Gendarmería (SIG), la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), los organismos de información y seguridad del Ministerio del Interior y la Policía Federal (Coordinación Policial y Coordinación Federal), y la Comisión Administradora de Radios y Televisión. Sobre este formidable aparato de guerra psicológica, Carlos A. Florit ("Las Fuerzas Armadas y la Guerra Psicológica"), que fue ministro de Relaciones Exteriores de Frondizi, explica que no lo critica en sí, pues es inherente a las modalidades orgánicas del Estado, pero sí critica "el signo totalitario de la campaña de penetración, en consonancia con la concepción bélica de guerra total que las inspiraba; y la utilización de esos instrumentos para la ejecución de políticas facciosas."

Florit sintetiza las líneas estratégicas que este dispositivo se trazó para presionar y finalmente derribar al gobierno de Frondizi.

"En una primera etapa se buscó adoctrinar a los cuadros sembrando la desconfianza y debilitando en consecuencia al enemigo: el gobierno constitucional. En la segunda etapa, que se decide por haber fracasado

en la negociación con el gobierno, se preconiza el golpe militar como único arreglo frente al caos que amenazaría como consecuencia de un gobierno debilitado... la línea psicológica tuvo perfectamente en cuenta dos elementos psicológicos preexistentes, que hacen a lo más sustancial de la formación militar en la Argentina. En primer lugar, el anticomunismo. En segundo lugar, la noción socialmente adquirida de probidad militar, y el consiguiente repudio a todo manejo indebido de los caudales públicos. Pero una vez elegido el terreno de las operaciones —la opinión militar— las características psicológicas de ese campo no bastaban para determinar la elección de las armas. En esta cuestión intervinieron dos factores: uno externo y otro interno, que estaban estrechamente vinculados a los objetivos estratégicos fundamentales. Con la cuestión del comunismo se trataba de aprovechar al máximo, al servicio del apuntalamiento de los fines de predominio interno, las líneas psicológicas tendidas desde fuera a los efectos de la guerra fría. Este objetivo no fue logrado en todos los casos y con la amplitud requerida, pues en los Estados Unidos existe, acerca de este tipo de problemas, mayor entendimiento del que pudiera preverse. Sin embargo, situaciones internacionales conflictivas debilitaban el frente interno. Esto se vio claro en el problema de Punta del Este (cuando se discutió la expulsión de Cuba de la OEA) y en la cuestión del viaje de Guevara (Florit se refiere a la entrevista del Ché Guevara con Frondizi). Con la cuestión de los negocios y la corrupción, se trataba de paralizar todo movimiento tendiente a provocar un cambio en materia económica y financiera...; la campaña psicológica desatada no buscó nunca la persuasión intelectual de los destinatarios de la misma. Entendida como un enfrentamiento entre la minoría conductora de los instrumentos de penetración y la mayoría (militar o no) que los soportaba —entendida como guerra psicológica— sólo trató de excitar sentimientos preexistentes (anticomunismo-probidad), para que estos sentimientos, frente al estímulo psicológico adecuado, generen automáticamente determinadas actitudes. Estas actitudes fueron desde el planteo y el veto hasta la conspiración y el derrocamiento del presidente constitucional."

Esta larga cita solo da las líneas generales de la operación desatada por los comandos de la guerra psicológica contra Frondizi, pero basta para mostrar cómo perturbaron, paralizaron y distorsionaron la acción del gobierno (igual método siguieron después con Illia), al que luego acusaron de incapacidad para dirigir los destinos de la nación.

Durante cuatro años fue llevada incansablemente esta operación contra Frondizi, utilizando los rumores, los instrumentos de comunicaciones de masas, las exigencias para que adoptara determinadas medidas, el veto para impedir la realización de planes ya dispuestos por el Poder Ejecutivo, la desobediencia a algunas órdenes del gobierno. Finalmente llegaron las elecciones del 18 de marzo de 1962 y el partido del gobierno fue derrotado en algunas provincias por las fuerzas peronistas.

La minoría conspiradora "colorada", que dominaba los mandos de las Fuerzas Armadas, impuso a Frondizi la anulación de las elecciones como requisito esencial para no iniciar inmediatamente una violenta represión popular. Frondizi obedeció. Anuló los comicios. Diez días más tarde las Fuerzas Armadas derribaban y encarcelaban a Frondizi, utilizando esa anulación como pretexto. El comunicado de los jefes de las tres ramas de la defensa nacional afirmaba con porfiado desparpajo: "Las Fuerzas Armadas Argentinas han derrocado al Presidente Frondizi para preservar la constitución y los principios democráticos... No podemos permitir que la República y los principios democráticos vayan a la deriva. Al decidir alejar al Presidente creemos salvar la Constitución y recuperar la fe en sus principios." Los mismos que habían obligado al gobierno a violar las normas de convivencia democrática, a desconocer el triunfo de las mayorías obtenido en las urnas, lo derribaban en nombre de esos principios que jamás se han podido aplicar libremente en Argentina debido a la presión castrense. Pero previamente habían aislado al presidente del pueblo, lo habían obligado a burlar su propio programa presidencial, habían logrado configurar ante el país una imagen deplorable de la democracia y de sus representantes.

Todo esto, naturalmente, no libera a los pocos mandatarios constitucionales que ha tenido Argentina en los últimos años, ni a los partidos políticos tradicionales, de sus responsabilidades en el proceso de descomposición social y política. ¿Quién puede olvidar que cuando Onganía derribó a Illia existían doce partidos nacionales y doscientos once micropartidos provinciales y municipales? Una encuesta realizada en 1963, a dos meses de las elecciones que le dieron el triunfo a Illia, demostró que el cinco por ciento de la población argentina estaba afiliada a partidos políticos, y que de éstos, una mínima parte actuaba en política, lo que quedaba demostrado por el hecho de que a pesar de existir una masa de once millones de ciudadanos con derecho al voto (la población argentina es superior a los 24 millones), solamente algunos centenares de personas asistían a las concentraciones partidarias.

La peculiar casuística de los ideólogos golpistas se aprovechó de estas circunstancias deplorablemente reales. Cuando derrocaron a Illia, una de las justificaciones fue que había sido elegido por una pequeña minoría de votantes, es decir, era un Mandatario "sin representatividad suficiente". Pero, cuando derribaron a Frondizi, no les molestó mucho el que hubiera sido elegido con una de las más grandes mayorías electorales de toda la historia del país.

El proceso a la "democracia corrompida" desde Yrigoyen hasta Illia es toda una escalada militar. Los hombres que prepararon laboriosamente el advenimiento del régimen de Onganía culminaron esta etapa fijándole una meta a la Argentina: "Hay una respuesta a la crisis que nos aflige: reencontrarnos en la grandeza de una misión imperial" (José Manuel Saravia). Argentina puede, según los teóricos nacionalistas, afirmar su liderazgo sobre la zona y ser la catapulta que lance a Sudamé-

rica y la coloque en la órbita en que giran las naciones desarrolladas del mundo. El problema, una vez fijado este destino imperial, consistía en elegir el instrumento y los caminos que se seguirían para cumplir la misión. ¿Podían ser los partidos políticos la maquinaria eficiente que necesitaba Argentina para cumplir su nueva etapa? El teniente coronel Mario Horacio Orsolini, ex profesor de Estrategia y Táctica del Curso del Estado Mayor del Ejército, en su libro "Ejército Argentino y Crecimiento Nacional" se cuida de advertir. "Los partidos políticos, divididos y subdivididos, sin representatividad suficiente... no es demasiado, como tales, lo que pueden aportar para la construcción del futuro argentino". Eliminados los partidos ¿qué le quedaba a la Argentina como instrumento de progreso interior y hegemonía exterior? La respuesta era obvia: Las Fuerzas Armadas. Pero impregnadas de una nueva ideología, la doctrina militar-desarrollista. Esta es la fusión de la teoría de la guerra del Ejército con la teoría del Crecimiento de W. W. Rostow, expresada esta última, en su obra "Las Etapas del Crecimiento Económico". Faltaba encontrar al hombre capaz de llevar a la Argentina a sus niveles de gloria. Mariano Grondona, profesor de la Escuela Superior de Guerra, ex redactor de "La Nación" de Buenos Aires y actual columnista de la revista "Primera Plana", escribió el anuncio de la llegada del hombre del destino: "Al jurar la Presidencia en octubre de 1963, Arturo Illia no comprendió el hondo fenómeno que acompañaba su encumbramiento: que las Fuerzas Armadas, dándole el Gobierno, retenían el Poder... Illia no comprendió que su misión era, en definitiva, viabilizar el encuentro del caudillo (Onganía) con la Nación... El Gobierno y el Poder (con Onganía) se reconcilian y la Nación recobra su destino".

Hace algunos siglos, San Mateo había sido más sobrio para explicar el nacimiento de Jesús: "Todo aconteció para que se cumpliese lo que fue dicho por el Señor".

La batería de propagandistas e ideólogos, perfectamente orquestada en la guerra psicológica, había preparado el advenimiento del Mesías con metralleta, de la palma sobre orugas que iba a restablecer la concordia y la prosperidad entre los argentinos. Así se explica que todos los grupos sociales recibieran el ascenso de Onganía al poder con esperanzas de que produjera un gran cambio favorable al país. La respuesta favorita de los argentinos, cuando se les preguntaba sobre lo que pensaban del golpe militar, era: abre expectativas. Durante largos años la artillería psicológica había estado descargando sus obuses sobre la democracia, terminando por destruir todas sus defensas. Esto permitió a Onganía disolver los partidos y el Congreso, evitar la retórica de mal gusto diciendo que contaba con el apoyo del pueblo, para limitarse a afirmar escuetamente: "El Gobierno cuenta con el acatamiento de las Fuerzas Armadas de la nación y de las demás Fuerzas de Seguridad y policiales; dispone, por lo tanto, de poder suficiente para poder asegurar la paz, el orden público y proteger la vida y propiedad

de los habitantes". La soberanía nacional pasaba a residir en las Fuerzas Armadas. Sólo ante ellas responde Onganía. Ellas pasan a ser el instrumento de desarrollo y las ejecutoras del destino imperial de Argentina. Como lo afirma el general Juan Enrique Guglielmi en su calidad de director del Centro de Altos Estudios de la Escuela Superior de Guerra: "...cuando una comunidad tiene conciencia de su destino y ha establecido con el Ejército una correspondencia sin fisuras, aquella tendrá una política nacional, y éste será, sin dificultad, su instrumento".

Sobre este explosivo cóctel se construyó el pivote ideológico en torno al cual giró el golpe y los primeros dos meses del gobierno de Onganía. Ahora, a ocho meses de distancia desde que asumió el poder, la decepción reina en el país. El ingeniero Alvaro Alsogaray ha metido a Onganía y a todo su equipo militar en el viejo redil de las más periclitadas doctrinas liberales. Los sueños de construir una política de hegemonía en América Latina (que ya habían despertado antes el apetito de Perón) sobre la base de transformar a la Argentina, en la primera potencia militar e industrial de la región, terminan 37 años después de una ronda de golpes y contragolpes militares, con una política económica oficial muy parecida, o quizás inferior en efectividad, a la practicada por la "democracia corrompida" de ese país durante los primeros decenios de este siglo.

No podía ser de otra manera. En América Latina —como dice Edwin Lieuwen— "Los reformadores uniformados dejaron a sus países mucho peor que antes... Por paradójica que parezca, la institución política más fuerte de América Latina por su capacidad para obtener el poder, ha sido hasta ahora la más débil en el ejercicio eficaz y responsable del mismo". Onganía no podía ni puede ser una excepción a la regla. El hombre fuerte, que criticó y condenó la ineficacia del gobierno constitucional de Illia, no ha resuelto ninguno de los problemas fundamentales de la Argentina. Durante la campaña contra Illia, se comparó su administración con una tortuga por la lentitud con que abordaba y resolvía la conflictiva situación del país. Onganía, el hombre del destino, no lo ha hecho mejor. En las calles y cafés de Buenos Aires ya se habla de la tortuga blindada para referirse a su gobierno. El equipo militar olvidó un hecho: la guerra psicológica sirve o puede servir para preparar al poder, pero no transforma la incapacidad en eficacia; no puede crear indefinidamente una imagen de progreso donde sobrevive vigorosamente la vieja alianza militar-oligárquica; no puede acufiar valdearas consignas de optimismo en las clases populares cuando éstas son perseguidas y ven disminuidos sus ingresos.

NOTA DE REDACCION: Si bien al comienzo del artículo el autor hace una valoración tendenciosa y discutible de las guerrillas venezolanas y peruanas, el texto —publicado por la revista caraqueña Política— ofrece una imagen bastante ceñida del modo en que la Argentina es vista desde el extranjero.



Dibujo de Federico Urdiano

MANIFIESTO POETICO

Dylan Thomas



Usted quiere saber por qué y cómo empecé a escribir poesía y qué poetas o tipo de poesía me emocionaron e influyeron en mí.

Para responder a la primera parte de esta pregunta diría que en primer lugar quería escribir poesía porque me había enamorado de las palabras. Los primeros poemas que conocí fueron canciones infantiles, y antes de poder leerlas, me había enamorado de sus palabras, sólo de sus palabras. Lo que las palabras representaban, simbolizaban o querían decir tenían una importancia muy secundaria: lo que importaba era *su sonido* cuando las oía por primera vez en los labios de remota e incomprensible gente grande que, por alguna razón, vivía en mi mundo. Y para mí esas palabras eran como pueden ser para un sordo de nacimiento que ha recuperado milagrosamente el oído: los tañidos de las campanas, los sonidos de instrumentos musicales, los rumores del viento, el mar y la lluvia, el ruido de los carros de lechero, los golpes de los cascos sobre el empedrado, el jugueteo de las ramas contra el vidrio de una ventana. No me importaba lo que decían las palabras, ni tampoco lo que le sucediera a Jack, a Jill, a la Madre Oca y a todos los demás; me importaban las formas sonoras que sus nombres y las palabras que describían sus acciones creaban en mis oídos; me importaban los colores que las palabras arrojaban a mis ojos. Me doy cuenta de que quizás, mientras repienso todo aquello, estoy idealizando mis reacciones ante las simples y hermosas palabras de esos poemas puros, pero eso es todo lo que honestamente puedo recordar, aunque el tiempo haya podido falsear mi memoria. Me enamoré inmediatamente —ésta es la única expresión que se me ocurre—, y todavía estoy a merced de las palabras, aunque ahora a veces, porque conozco muy bien algo de su conducta, creo que puedo influir levemente en ellas, y hasta he aprendido a dominarlas de vez en cuando, lo que parece gustarles. Inmediatamente empecé a trastabillar detrás de las palabras. Y cuando yo mismo

empecé a leer los poemas infantiles, y, más tarde, otros versos y baladas, supe que había descubierto las cosas más importantes que podían existir para mí. Allí estaban, aparentemente inertes, hechas sólo de blanco y negro; pero de ellas, de su propio ser, surgían el amor, el terror, la piedad, el dolor, la admiración y todas las demás abstracciones imprecisas que tornan peligrosas, grandes y soportables nuestras vidas efímeras. De ellas surgían los transportes, gruñidos, hipos y carecajadas de la diversión corriente de la tierra; y aunque a menudo lo que las palabras significaban era deliciosamente divertido por sí mismo, en aquella época casi olvidada me parecían mucho más divertidos la forma, el matiz, el tamaño y el ruido de las palabras a medida que tarareaban, desafiaban, bailoteaban y galopaban. Era la época de la inocencia; las palabras estallaban sobre mí, despojadas de asociaciones triviales o portentosas; las palabras eran su propio ímpetu, frescas con el rocío del Paraíso, tales como aparecían en el aire. Hacían sus propias asociaciones originales a medida que surgían y brillaban. Las palabras "Cabalga en un caballo de madera hasta Banbury Cross" (Ride a cock horse to Banbury Cross), aunque entonces no sabía qué era un caballito de madera ni me importaba un bledo donde pudiera estar Banbury Cross, eran tan obsesivos como lo fueron más tarde líneas como las de John Donne: "Ve a recoger una estrella errante. Feconda una raíz de mandrágora" (Go and catch a falling star. Get with child a mandrake root), que tampoco entendí cuando leí por primera vez. Y a medida que leía más y más, y de ninguna manera eran sólo versos, mi amor por la verdadera vida de las palabras aumentó hasta que supe que debía vivir con ellas y en ellas siempre. Sabía, en verdad, que debía ser un escritor de palabras y nada más. Lo primero era sentir y conocer sus sonidos y sustancia; qué haría con esas palabras, cómo iba a usarlas, qué *diría* a través de ellas, surgiría más tarde. Sabía que tenía que conocerlas más íntimamente en todas sus formas y maneras, sus altibajos, partes y cambios, sus necesidades y exigencias. (Temo que estoy empezando a hablar vagamente. No me gusta escribir sobre las palabras, porque entonces uso palabras malas, equivocadas, anticuadas y fofas. Me gusta tratar las palabras como el artesano trata la madera, la piedra o lo que sea, tallarlas, labrarlas, moldearlas, cepillarlas y pulirlas para convertirlas en diseño, secuencias, esculturas, fugas de sonidos que expresen algún impulso lírico, alguna duda o convicción espiritual, alguna verdad vagamente entrevista que tenga que alcanzar y comprender). Cuando era muy niño y empezaba a ir a la escuela, en el estudio de mi padre, ante deberes que nunca hacía, empecé a diferenciar una clase de escritura de otra, una clase de bondad, una clase de maldad. Mi primera y mayor libertad fue la de poder leer de todo y cualquier cosa que quisiera. Leía indiscriminadamente, todo ojos.

No había soñado que en el mundo encerrado dentro de las tapas de los libros pudiesen ocurrir cosas semejantes, tales tormentas de arena y

tales ráfagas heladas de palabras, tales latigazos a la charlatanería y también tanta charlatanería, una paz tan tambaleante, una risa tan enorme, tantas y tan brillantes luces encogedoras que se abrían paso a través de los sentidos recién despiertos y se diseminaban por todas las páginas en un millón de añicos y pedazos que eran todos palabras, palabras, palabras, cada una de las cuales estaba viva para siempre en su propia delicia, gloria, rareza y luz. (Debo tratar de que estas notas supuestamente útiles no sean tan confusas como mis poemas).

Escribí infinitas imitaciones, aunque no las consideraba imitaciones sino más bien cosas maravillosamente originales, como huevos puestos por tigres. Eran imitaciones de lo que estuviera leyendo en ese momento: Sir Thomas Browne, de Quincey, Henry Newbolt, las Baladas, Blake, la Baronesa Orczy, Marlowe, Chums, los imaginistas, la Biblia, Poe, Kents, Lawrence, los Anónimos y Shakespeare. Como ve, un conjunto variado y que recuerdo al azar. Mi mano inexperta ensayó todas las formas poéticas. ¿Cómo podía aprender los trucos del oficio sin practicarlos yo mismo? No me interesa de dónde se extraen las imágenes a un poema; si se quiere se pueden sacar del océano más recóndito del yo oculto; pero antes de llegar al papel deben atravesar todos los procesos racionales del intelecto. Los surrealistas, por otra parte, escriben sus palabras sobre el papel exactamente como emergen del caos; no las estructuran ni las ordenan; para ellos el caos es la estructura y el orden. Esto me parece excesivamente presuntuoso; los surrealistas se imaginan que cualquier cosa que rastreen en sus subconscientes y pongan en palabras o en colores debe ser, esencialmente, de algún interés o valor. Yo lo niego. Una de las artes del poeta es la de tornar comprensible y articular lo que puede emerger de fuentes subconscientes; uno de los usos mayores y más importantes del intelecto es el de seleccionar de entre la masa amorfa de imágenes subconscientes aquellas que mejor favorezcan su finalidad imaginativa, que es escribir el mejor poema posible.



Interesante testimonio del gran poeta galés sobre el oficio de ser poeta. Quizá algún día podamos dar una selección de sus poemas. Su voz poderosa naufragó en una marejada de alcohol, tal vez porque sus ojos "velan demasiado hondo, y demastado". Supo rastrear las palabras exactas, supo pulirlas, supo hallarlas un lugar en el universo. Y también fue un Marginal, hasta que se le acabó el aliento.

MIRANDO UN CICLOTRON

Pierre Teilhard de Chardin

I.—LOS GRANDES CICLOTRONES DE BERKELEY

En el verano pasado se me permitió visitar los ciclotrones de la Universidad de California.

De esos extraños aparatos (destinados en apariencia a ser tan familiares para nuestros descendientes como lo son para nosotros una turbina o una dinamo) existe allí ya toda una serie de individuos que se suceden (o incluso, en cierto modo, que se engendran) con tamaño cada vez mayor.

Estos (ciclotrones propiamente dichos) utilizados para acelerar los protones, los deuterones y las partículas alfa.

Aquéllos (betatones y sincrotrones) actúan sobre los electrones.

Y un tercer tipo, por último, el recién nacido de la familia, y también el más grande, el *bevatrón*, llamado así porque con la ayuda de su electro-imán anular de 40 metros de diámetro (10.000 toneladas) va, según se espera, a acelerar los protones no solamente hasta millones sino hasta billones de electrones-voltios.

Imagínese, para cada una de estas herramientas gigantescas, un refugio circular, construido un poco como una rotonda de locomotoras; y, en el interior de tales refugios, una cámara al vacío, anular, donde las partículas atómicas, azotadas por una serie periódica de impulsos electrónicos, y forzadas al mismo tiempo a girar bajo la acción de un

poderoso campo magnético, circulan cada vez más de prisa hasta que, al liberarse por la tangente, se escapan con una velocidad cercana a la de la luz: capaces, entonces, gracias a esta prodigiosa fuerza viva, de romper, de transmutar e incluso, quizás, de crear dentro de pronto la Materia.

Tras entrever todo esto, erijan en el pensamiento, en torno a estas rotondas misteriosas, toda una ciudad en miniatura, con sus accesos estrechamente vigilados, sus múltiples oficinas, sus garages, sus restaurantes y, naturalmente, su población, abigarrada y altamente seleccionada, de sabios y de técnicos diversos.

Coloquen, por último, todo este conjunto entre los eucaliptos, sobre las colinas, frente a la bahía de San Francisco y la *Golden Gate*.

Hagan esto, digo. Y tendrán entonces la imagen aproximada del famoso *Radiation Laboratory* de Berkeley el cual, en estrechas relaciones con la *Atomic Energy Commission* de los Estados Unidos, representa, en la hora actual, uno de los centros más vivaces del mundo para el estudio y la captura de la Energía nuclear.

Yo no soy un físico. Y nada diré por tanto acerca de lo que, en esos santuarios, fueron mis reflexiones sobre la explosión o la "implosión" de los átomos. Pero, en cambio, sucede que soy un viejo estudiante de la Vida. Y, a tal título, quisiera, bajo la forma alegórica de un fenómeno de "doble vista", expresar y analizar críticamente un cierto sentimiento de presencia y de energía espirituales que se apoderó de mí, como en un choque, cuando por primera vez en mi vida me vi frente a frente con uno de nuestros modernos rompedores de átomos.

II.—EL OTRO E INVISIBLE CICLOTRON, O: UNA CONCENTRACION LOCAL DE ENERGIA HUMANA

Cuando lo visité, los ciclotrones de Berkeley estaban unos en período de revisión, otros en curso de finalización. Es decir, que era posible acercarse a ellos sin peligro. Me fue posible entonces trasponer la densa caparazón de cemento armado que los recubre y mirar la disposición de sus órganos más acretos.

Pero, a medida que penetraba así cada vez más dentro del interior del monstruo, fue cuando, como por una especie de cambio gradual de plano, otro grupo de imágenes se substituyó mentalmente a la figura del acelerador atómico que tenía ante mis ojos. Mi guía seguía hablándome de campos que se envuelven. Y yo, durante ese tiempo, no podía dejar de sentir y de percibir, más allá de ese torbellino electro-magnético, y alrededor de él, la afluencia concéntrica de otra no menos formidable irradiación: la de lo Humano aspirado en tromba sobre mí desde los cuatro puntos del espacio.

Toda una gama de conocimientos y de técnicas, todo un espectro de energías también, convergían al punto donde me hallaba yo, fundiéndose unos en otros en algo específicamente único, en estado apasionado...

Toda una gama de conocimientos y de técnicas, ante todo: matemáticas, electrónica, química, fotografía, metalurgia, resistencia de materiales, arquitectura: estas múltiples ciencias deben encontrarse y funcionar, con un mismo grado de perfección y simultáneamente, para que un ciclotrón sea concebido, para que se lo construya y para que funcione.

Y todo un espectro de energías, después. Kilovatios y kilovatios, por supuesto. Pero también carbón, petróleo, uranio. Y también el Dinero (dólares por millones), el Dinero, cuya condena le resulta tan fácil a los virtuosos pero que no por eso deja de ser (que no por eso deja de llegar a ser cada día, más y más) la sangre de la Humanidad. Y también, para fundirse sobre sí y animar finalmente toda esta masa, un incansable fervor de construir, bebido en todas las fuentes de la Necesidad y del Deseo.

Porque, al fin de cuentas, si en torno a un generador de Energía nuclear la atmósfera física se vuelve peligrosamente activa, ¿qué decir de la tensión psíquica engendrada en el mismo sitio por el encuentro de lo que hay de más acuciante y arrebataador en las necesidades económicas, las aspiraciones nacionales, los requerimientos de la guerra, la esperanza de sanar los cuerpos, y (mucho más aún) la hegemonía prevista sobre los resortes mismos de la Cosmogénesis?

En verdad, mucho más todavía que los millones o billones de electrones-voltios, lo que me impresionó y como que me erizó la piel, en las vicinidades del ciclotrón, fue el observar cómo, llevadas a la vez a un cierto grado de intensidad y de aproximación, nuestras categorías mejor establecidas tienden a sintetizarse en alguna realidad psíquica completamente nueva, de naturaleza aún inexplorada.

Sobre las colinas de Berkeley se esfuman los límites entre el Laboratorio y la Fábrica; entre lo Atómico y lo Social; y también, como diría yo, entre lo Local y lo Planetario.

Hasta tal punto que quien trabaja allí, si reflexiona en su situación y en su acción tiene derecho a preguntarse si ejerce aún la Investigación o la Industria, la Física o la Metafísica, la Energética o la Medicina, la Guerra o la Paz; o incluso si, arrastrado por una corriente que lo rebasa, no estaría en trance de penetrar, por casualidad, a alguna forma inédita todavía del Compuesto (o "Concentrado") humano.

III.—UN POCO POR DÓQUIER EN LA TIERRA: LA MULTIPLICACION DE CONCENTRADORES DE ENERGIA HUMANA

Y entonces, semejante a una onda que se extiende, me pareció que mi visión se ampliaba hasta las dimensiones mismas de la Tierra. Ya que, apenas sensibilizado al "olor" de ultra-humano que emanaba de las enormes turbinas atómicas que tenía ante mí, reconocí en él de inmediato los efluvios de todas las otras grandes máquinas que, desde hace medio siglo, no dejan de brotar en todas direcciones, ante nuestros ojos, como otros tantos árboles gigantes.

Microscopios electrónicos y gigantescos telescopios.
Cohetes con posibilidades trasplanetarias.
Máquinas de calcular.

Bajo la extrema diversidad de las formas y de los enfoques, ¿no había, en todos esos nudos de la actividad humana, el mismo proceso en cadena bien reconocible?: un proceso de aglutinamiento y de síntesis, que culminaba, en todos los casos, en el mismo resultado, el Hombre, el obrero, aspirado primero, y como capturado, por el objeto de su esfuerzo, y luego finalmente transformado (ultra-unificado) por su operación y por su obra juntas.

Por su operación, digo bien: en la medida en que ésta lo fuerza a unanizarse con los otros y sobre sí mismo.

Y por su obra también, en la medida en que, al término de todo lo que crea, el hombre, inevitablemente, vuelve a encontrar al hombre un poco más alto; un hombre engrandecido: sea por medio de la penetración sensorial de lo Inmenso y de lo Infimo, sea por la invasión geométrica del Espacio, sea (¡caso el más extraordinario de todos los progresos!) por la multiplicación y aceleración directas de su poder cerebral de pensar.

De tal suerte, semejante a alguna sustancia fluorescente expuesta a un haz de rayos oscuros, la Tierra entera, bajo la influencia de las emanaciones físico-espirituales que me envolvían, poco a poco se me ha aparecido como sembrada de puntos luminosos; cada una de estas "estrellas" correspondía a algún laboratorio o a algún aparato en torno al cual lo Humano, por medio de la tensión y de la unión estaba, *hic et nunc*, en trance de mudarse en algún "isótopo" neo-humano.

Y mientras mi espíritu fascinado se detenía en observar el número, el brillo y los matices de esas chispas en todo el derredor de la Tierra, una evidencia suprema bruscamente me "saltó a los ojos".

En los primeros momentos en que ante mi mirada finalmente educada se puso a destellar la faz hasta entonces oscura del Planeta, la sola ley general que cubriera esta operación habría podido parecerme la multiplicación, la intensificación y la inter-unión de los centros luminosos que, uno detrás del otro, se encendían sobre los continentes.

Pero he aquí que entonces, ante mis ojos ya más habituados aún, esta bóveda, estrellada empezaba a moverse. No a la manera monótona de un cielo que gira sobre sus polos... Sino a la manera creadora de una Galaxia que se envuelve.

En una primera etapa pude darme cuenta de que, desde hace cincuenta años, asistíamos, sin darnos cuenta mayormente, al nacimiento, un poco por doquier en la Tierra, de verdaderos generadores (o concentradores) de Energía humana. Ahora, como en una segunda etapa, veía distintamente que esos concentradores inevitablemente irían concentrándose entre sí.

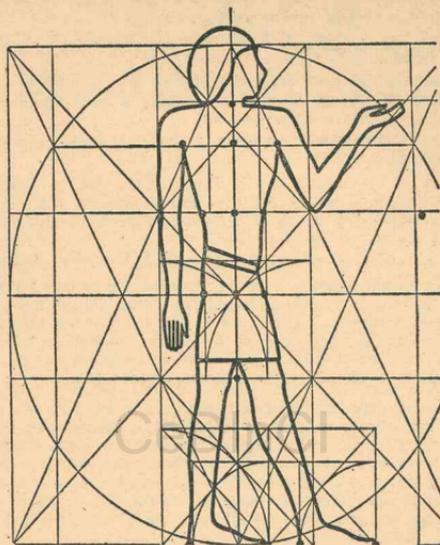
IV.— LA CONCENTRACION GENERAL DE LO HUMANO SOBRE SI MISMO, O: EL TORBELLINO DE LA INVESTIGACION

Habría podido creerse (y no faltó quien lo dijera) que el gran acontecimiento humano moderno era la aparición de la Máquina y de la Industria.

Hoy comenzamos a sospechar que ese juicio no llegaba al corazón del fenómeno. Porque, con un movimiento interno e irresistible, Máquinas e Industrias están en trance de subordinarse en nuestras manos a un agente todavía más poderoso que ellas. No sólo (como decía atrás) en nuestra sociedad se borran rápidamente las diferencias entre Laboratorio y Fábrica, sino que, en la fusión de los dos, es claramente el Laboratorio el que domina. No, no es, al fin de cuentas, a una edad industrial a la que estamos penetrando sino a una edad de la Investigación.

Desde siempre, claro está, el Hombre ha buscado. Ha buscado continua y tenazmente, a la vez por necesidad y por el placer de hallar. Pero ese esfuerzo permanecía en gran parte difuso: apenas percibido por la masa, apenas formulado y justificado por las gentes de bien, y prácticamente abandonado, como un *hobby*, a la iniciativa de algunos originales. En pleno siglo XVIII, no lo olvidemos, el investigador era mirado aún como un "curioso" o como una variedad del filósofo.

Mas, en menos de doscientos años, he aquí que la Investigación, precisamente, como una marea lo ha invadido todo. El gusto de com-



prender aliado con la necesidad de producir, el descubrimiento súbito por el Hombre de que podía (o incluso de que debía) ayudar científicamente en sí mismo la marcha, inconclusa e ininterrumpida, de la evolución biológica; ahora a los investigadores hay que contarlos por millones, no dispersos al azar sino repartidos en un sistema de grupos prolíficos y solidarios, el crecimiento, la diferenciación y la complementariedad de los cuales se imponen al observador como una réplica reforzada de lo que en otras partes sucede en la génesis de las culturas humanas o en la de las especies zoológicas.

Todo acontece en suma como si, tras una larga y lenta acumulación de energías físicas y psíquicas en la atmósfera humana (toda la Pre-historia y toda la Historia), se acabara de desencadenar un tornado espiritual que nos sacude.

Y entendamos bien, aquí el rigor y el realismo de la similitud, El Torbellino de la Investigación...

No, como el "torbellino" de los negocios, una simple agitación en todos los sentidos.

No tan sólo, tampoco, como el torbellino de las especies animales, un enjambre de formas divergentes llevadas a orbes cada vez más separados por el viento de la evolución.

Sino un verdadero *maelstrom* que aspira todo cuanto engloba hacia su eje profundo.

Todavía se oye repetir que la Investigación, por el juego mismo de su prolongación en ramas cada vez más numerosas y especializadas, se dispersa sobre sí y va en consecuencia dispersando entre ellas las inteligencias de que se apodera.

¿Cuándo tendrá su merecido esta trivialidad descorazonadora!

Que, en detalle y en la fase de implantación porque atravesamos, exista el peligro de un desmenzamiento intelectual, e inclusive que éste produzca víctimas... Claro que sí. Pero, en buena Ciencia, ¿qué pesa ese desperdicio comparado con la enorme cantidad de unión psicológica que opera en el Hombre por medio de la fuerza que lo consagra inexorablemente a descubrir y a inventar siempre más?

Volvamos a situarnos frente al espectáculo de los múltiples aparatos (máquinas para hacer o deshacer la Materia, máquinas para ver, máquinas para comunicar, máquinas para pensar...) cuya fauna monstruosamente variada comienza a habitar la Tierra. Lejos de apartarse las unas de las otras como individualidades autónomas, ¿no es evidente que esas increíbles creaciones humanas tienden naturalmente a acercarse y a engranarse entre sí, de tal modo que se combinen y se multipliquen sus poderes?

No solamente considerados uno por uno, cada uno dentro del radio de su operación específica, sino envueltos todos a la vez en la misma mirada, ¡esos múltiples *vortex* elementales no se anudan manifiestamente en un solo y gigantesco estrechamiento del Pensamiento, en el seno del cual la ciencia *repliega*, más que *despliega*, sus ramas innumerables!

Reconozcámoslo de una vez por todas. En nosotros, Hombres, no sólo la Vida no está quieta; no sólo ha cesado de dividirse en *phylos* divergentes, sino que, recogida sobre sí por la necesidad de conocer, acaba de llegar, por un juego de convergencia, a un paroxismo de poder que la caracteriza al hacer subir, simultáneamente la una por medio de la otra, en el Universo, Organización y Conciencia, es decir, a interiorizar la Materia a fuerza de complejizarla.

☆

Ante mis ojos distraídos el ciclotrón de Berkeley había desaparecido definitivamente. Y, en su lugar, para mi imaginación, estaba la Noósfera íntegra, que torcida sobre sí misma por el hálito de la Investigación, no formaba más que un solo y enorme ciclón, cuyo efecto era producir, en cambio y en lugar de Energía nuclear, Energía psíquica en estado cada vez más reflexivo; es decir, idénticamente, lo Ultrahumano.

Y, hecho notable, en presencia de esta realidad colosal, que hubiera debido producirme vértigo, sólo sentía, al contrario, calma y alegría, una calma y una alegría de fondo.

Calma, ante todo. Ya que, por la virtud misma de su inmensidad y por tanto de su seguridad, el movimiento que se me aparecía llegaba a tranquilizar en mí la mónada medrosa. Mientras más vasto el torbellino, menos riesgo, para ese grano de arena que era yo, de extrañarse en el Universo. En contradicción, pues, con lo que desde hace veinte años viene machacando la literatura existencialista, es una visión general de la Evolución (y no una introspección cada vez más solitaria del individuo por el individuo) la única que puede salvar —una vez más lo estaba verificando en mí— al hombre del siglo XX de sus ansiedades frente a la Vida.

Y alegría también. Porque ahora lo veía tan claro como nunca: para explicar la presencia, en nosotros y en derredor nuestro, de un campo físico lo bastante poderoso como para envolver sobre sí la totalidad de la masa humana, no bastaba con acudir a la presión colectiva de miriadas de elementos impulsados en la misma dirección por la necesidad de sobrevivir. Para crear el flujo que debe, con creciente intensidad y probablemente durante centenares de siglos todavía, arrastrarnos a todos a la vez hacia arriba y hacia adelante, el polo repulsivo (o negativo) de la muerte que hay que evitar debe, por necesidad energética, duplicarse en un segundo polo, atractivo (o positivo), el de la Super-vida que hay que lograr: un polo capaz de suscitar y de satisfacer siempre más, con el tiempo, a las dos características de una actividad reflexiva: necesidad de irreversibilidad y necesidad de total unidad.

Y es así como, mientras más trataba yo de prolongar y de adivinar, hacia adelante la marcha de la inmensa espiral físico-psíquica en que me hallaba envuelto por la historia, eso que llamamos demasiado simplemente "la Investigación" más se cargaba, se coloreaba, se inflamaba de ciertas potencias (Fe, Adoración), consideradas hasta ahora como extrañas a la Ciencia...

Porque mientras más atentamente la miraba, a la Investigación, más la veía forzada, por necesidad interna, a concentrar en última instancia sus esfuerzos y sus esperanzas en dirección a algún centro divino.

QUERIDO YEVGENI ALEKSANDROVICH:

Estuve entre aquellos 1800 amantes de la poesía que aplaudieron tu lectura en el auditorio Wheeler de Berkeley, el 9 de diciembre (1966).

En EE. UU. es muy rara la oportunidad de echar un vistazo a un poeta político. En este país, los poetas o son apolíticos ("una plaga en sus prostribulos") o están politizados en un sentido estrictamente ceremonial: a la Robert Frost bendiciendo la toma del poder por parte de Kennedy, o Robert Lowell invitando a Lyndon Baines Johnson por ausencia de esa recepción presidencial.

Sin embargo, en general vos sois tal vez el mejor producto conocido de la tradición literaria marxista que adoctrina y trata a los escritores rusos como servidores públicos; manteniéndolos con fondos estatales y esperando que en retribución sirvan a la sociedad con su poesía y su prosa. Para un escritor como yo, criado dentro del sistema de la libre empresa literaria, el concepto de un poeta politizado no comprometido por la política es absolutamente ajeno, difícil de aceptar.

Todo lo que sé de Estados Unidos, vos me enseñáis, me ha llevado a creer que un poeta es una fuera de la ley nato, y que un *realmente* buen poeta es el enemigo natural del estado. Siempre me ha parecido que los poetas son impredecibles, inutilizables y anacrónicos.

No obstante, Yevushenko es un "poeta estatal", pero no un peón del partido. Uno que sufre a la multitud, pero no un pasayo. Y por sobre todo, se trata de un escritor a quien preocupa la *integridad* de la política. Según mi experiencia, sobre esta área tienen prioridad los eruditos, los historiadores, los científicos; hombres que se enorgullecen por su objetividad y por su capacidad de analizar desapasionadamente y desde afuera.

Pero aquí está Yevushenko, envuelto en la ética de la política, aunque obviamente es un hombre de tierna sensibilidad: un humanista, un comunista y un existencialista. ¿Puede existir un ideal tan híbrido? Tanos hechos y ficciones conflictivos. El poeta como un ciudadano responsable, contribuyendo directamente a su época y lugar sobre la tierra en vez de escribir sólo para sí mismo, para su secreto corazón; en vez de dejar su poesía al azar y para la posteridad. Trató de entender que este solipsismo es el metro pa-

trón con el que medimos la integridad de la literatura occidental. Pero los poetas socialistas, incluido vos, son servidores públicos. Sos brillante y hermoso, querido Zhenya, pero uno no acaba de convencerse. Tu gira por Estados Unidos, tus comentarios y tus silencios, me dejaron sospechando que tu personificación como poeta marxista no fue un triunfo completo. Ya ves, nosotros, tus hermanos norteamericanos, necesitamos algo que según la opinión general podías haberlos dado. De vos, poeta y revolucionario, esperábamos algo. Algo así como un contexto social... es tan difícil decir con exactitud qué escribamos anhelando y en qué nos fallaste, si es que nos has fallado. Por favor, comprendí que no te estoy criticando; todavía no. Meramente deseo apuntar algo para tu comprensión de Estados Unidos, una acción bastante misteriosa. Espero puedas aprender a entender, pues somos una lección de moralidad, un ejemplo para el mundo entero. Tengo por vos grandes esperanzas: al concluir tu excelente lectura en Berkeley, nos dijiste que volverías a Rusia donde escribirías un libro sobre tus impresiones y experiencias en este país. Este libro, promeiste, "...no será jalea de frutillas".

Más bien te creo, Yevgeni Aleksandrovich. Cito que sos un hombre honesto, un verdadero poeta y no un fabricante de jalea de frutillas. Por eso te escribo ahora en nombre de la verdad, la poesía y América: tres abstracciones extraordinarias. No creas que estoy cuestionando tus considerables poderes de observación, tu sensibilidad y tu percepción. Sin embargo, EE.UU. es una madeja muy entredada. En una nación tan alienada de la realidad, las apariencias son decepcionantes y las sensaciones muy artificiales. En ningún momento pongo en duda tu sinceridad, pero no puedo dejar de preguntarme si realmente comprendés.

Comencé a tener mis dudas el verano pasado cuando le escribiste a John Steinbeck tu celebrada carta-poema, pidiendo al "viejo lobo" que mostrara sus dientes y denunciara públicamente los crímenes contra la humanidad en general y contra el pueblo vietnamés en particular, crímenes cometidos por su gobierno, en su nombre, en el nombre de todos los norteamericanos. Le pediste a Steinbeck que sumara su voz y su prestigio al coro de distinguidos norteamericanos que ya han hecho

pública su disensión y su disgusto con la política genocida que el gobierno de EE.UU. está ejecutando en Vietnam.

Tu carta era tan sincera, tus sentimientos tan obviamente humanos, tu aproximación a Steinbeck tan recta. ... Querido Zhenya, perdóname, pero cuando leí la transcripción de esa carta sentí ganas de patearte a la cabeza. Era una linda carta y sos un lindo tipo, pero hay un momento de cosas bobas en EE.UU. y el ambiente norteamericano que das la impresión de no captar. Empezando con Steinbeck.

Naturalmente, Steinbeck te hizo el vacío. Era es una de las condiciones de la vida norteamericana contemporánea. El apelar a los "viejos lobos" ya no funciona para nada.

Debería ser perfectamente obvio que la mayoría de ellos ha sobrevivido demasiado tiempo con una dieta de especímenes de frustración arcuata, un consorcio sobre-consumo de compuestos de libertad de palabra... en una oreja sorda. Sus dientes, en la mayoría de los casos, simplemente se han podrido; y en cuanto a lobos, resultan gatitos. El simple hecho es que hoy en Estados Unidos nuestros padres no nos apoyan. Salvo pocas excepciones, carecen por completo de contacto con la realidad. No me refiero al golfo normal entre cada generación, sino a una grieta mucho más honda, más significativa y aparentemente irreconciliable.

Así escribiste tu carta; han pasado seis meses, Steinbeck se evidenció culpable; la agresión norteamericana en Vietnam no sólo continúa sino que escala diariamente. Estas son las evidencias del asunto. Y aquí hay otra más: tomala bien en cuenta si realmente quieres entender el clima de Estados Unidos. *Indicó si Steinbeck hubiera hablado*, si hubiera escrito y publicado una potente toma de conciencia expresando desaprobarción por la política asiática de su gobierno, incluso si hubiera escrito esa y otras circunscritas declaraciones de igual naturaleza, *eso no habría producido una maldita mínima diferencia.*

¿No entendés cómo nos va aquí en Estados Unidos, Yevgeni Aleksandrovich? Nuestros escritores, especialmente nuestros poetas, tienen completa libertad para escribir lo que les plazca sobre la política e inclusive sobre los políticos. Pero esta libertad es completamente relativa. En verdad, no se trata de libertad, lo que permite a nuestra literatura semejante intrusión es la *indiferencia*, pues Estados Unidos, como debería saber a esta altura, simplemente no toma muy en serio a sus poetas. Quizá sea por eso que tengamos tan pocos

poetas serios. Y los que tenemos acaban usualmente como tu amigo Steinbeck, traicionándose a sí mismos y a sus ideales, no por cobardía (después de todo, aquí no hay castigo) sino debido al fracaso del intelecto.

En EE.UU. alcanzamos los límites de la imaginación tan pronto como llegamos a nuestro diario marutino. Tan pronto como vemos dónde estamos, nos volvemos ciegos. Mejores mentes que la de Steinbeck han sido voladas por el Sueño Americano y la Realidad Americana. Hay una larga lista de voces que se volvieron prematuramente roncás, o excesivamente estridentes, chillonas o inefectivas, o preciosas y remotas, o simplemente demasiado viejas, demasiado viejas demasiado pronto. Si el Talmud, un *hombre no debería vivir tanto como para verse morir...*, pero veamos, ¿cómo alguien leé todavía el Talmud? ¿Quién cuenta el número de poetas muertos caminando hoy por los Estados Unidos de América?

Por supuesto que los dos sabemos que la poesía es la empresa más arriesgada; ninguno de nosotros saldrá vivo de ella. Es peligroso ser un poeta en Rusia, en París o en Pekín; y es igualmente peligroso en América, pero por razones notablemente distintas. Tenés que comprender estas razones, Zhenya, si por cierto, querés comprendernos.

Tu gobierno castiga severamente a los poetas que se devían de lo que la burocracia designa como realidad "oficial". Mi gobierno ignora a semejantes poetas. En tu opinión, ¿qué es peor? ¿Cuál crítica destruye con mayor efectividad al poeta que ofende?

En Estados Unidos, tomamos a nuestros poetas como idiotas, extravagantes o tontos al aire. Hasta cierto punto, recibimos lo que esperamos. Nuestros mejores y más populares artistas son absurdistas, amargos payasos, cultores del humor negro; y la mayor parte de su poesía no está escrita para la gente, sino para otros poetas. En Rusia, por la otra parte, tenés un gobierno que remite a los poetas rebeldes a Siberia, promoviendo con ello al poeta al rango de Hombre Peligroso, una Amenaza (primera clase) para el estado.

Estoy personalmente convencido de que los poetas —los buenos poetas— son *poligraicos*. Un buen poeta es una amenaza para el *status quo* y sus burocráticos sostenedores. Pero no en Estados Unidos, realmente no. Sinceramente envié tu privilegiada posición de poeta ruso.

Tenés la buena fortuna de vivir en una tierra donde cada vez que escribís un poema político corrés el riesgo de ir a parar a la prisión. Ellos (tu gobierno, mi gobierno, es siempre el mismo ellos) te temen. Debido a

que tu gobierno te tomó lo bastante en serio como para arrepentirse hace unos cuantos años, sospecho que mi gobierno podría hoy tornarse en serio.

Tovarich Yevushenko, si realmente amas a América, te ruego que nos escribas un poema que pertuzca a nuestro mediocre Congreso y que fastidie a nuestro brutal Presidente. Hacé por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos. Un poeta norteamericano carece de oportunidad con los políticos norteamericanos. A pesar de lo que el senador Kennedy se dijo sobre su personal predilección por los poetas que gustan de los políticos, la mayor parte de sus colegas no han leído más allá de Carl Sandburg (en un curso literario del colegio), y eso es todo lo que les importa. Nuestra burocracia, como nuestra poesía, no atrae a muchos hombres de cultura. Nuestros políticos pueden leer a Marianne Moore, a John Berryman, a Robert Duncan, a Robert Penn Warren, o a W. H. Auden. ¿Por qué irían a hacerlo? En Estados Unidos, cuando a uno no le gustan los sentimientos de un escritor, simplemente no lee su obra. ¿Por qué leería Lyndon B. Johnson a William Carlos Williams o Hubert Humphrey a E. E. Cummings? ("Un político es un culo sobre el que todo se ha sentado / excepto un hombre".)

Pero ellos leerán lo que escribas tu poema. La estupidez insular de nuestros políticos es tan sincera anticomunista que es oportuno de acceso. ¿Cómo utilizarías esa oportunidad para penetrar en las cerradas mentes de Washington? ¿Podés rimar a los niños que están en Vietnam con América la Hermosa? ¿Podés hacer que ellos se enfurezcan? ¿Podés hacer que se asusten? ¿Podés abrir sus ojos al horror del que están haciendo respaldados a todos los Estados Unidos?

No, por supuesto que no podés. Tenés que comprender que nada de lo que escribas sobre EE. UU. importa demasiado. Si entendés eso, entonces te darás cuenta por qué la literatura norteamericana está indigesta tanto como el grotesco o con los frutos de la anemia, como con el virtuosismo fatigado y autoconsciente que ejercitan autores impotentes, inefectivos hombres de buena voluntad y ninguna influencia.

Sin embargo, Yevgeny Aleksandrovich, si pudieras escribir un poema envuelto en explosivo plástico, un poema que brote con un gigantesco estallido, una gran explosión que expulse el gran complejo norteamericano de culpa; entonces nosotros, tus hermanos norteamericanos, te estaremos muy agradecidos. Seremos tus muertos agradecidos. No podés ayu-

darlos; pero podrías consolar a algunos de nosotros. Estados Unidos de América es la nación más solitaria del mundo.

Como dije antes, soy un pájaro raro, tovarich Yevushenko. Naturalmente tenemos nuestros propios pájaros raros, pero debido al clima norteamericano y a los vientos que prevalecen, muchos de nuestros mejores pájaros vuelan hacia atrás. No se trata de condenarlos. Después de todo, hay ciertos heceros que los hombres durante y sensibiles pueden enfrenar durante mucho tiempo, y luego viene el momento en el que los poetas extranjeros deben huir y los poetas nativos deben dar la espalda a la realidad, a los *novines* americanos, al Cardinal Spellman y a Bob Hope, a Port Chicago, y a todo ello.

Ya ves, en EEUU, hoy, todo ciudadano adulto es culpable. Todos nosotros lo sabemos. Los únicos norteamericanos sin culpa son aquellos que quisieron que se inmolara el año pasado dejando que el resto de nosotros compartiera la culpa nacional, el terror nacional, la *maladie americana*, y la perdición.

Tengo entendido que tuviste la oportunidad de comprobar algunos ejemplos muy suaves (afortunadamente) de ese estado de ánimo, de esta América agonizante, ineficaz (definitivamente, lejos del amor) e irracional. Me dicen que fuiste interrumpido y hostigado un poco en Nueva York. ¿Qué pensás de eso, Zhenya? Miembros del Progressive Labour Party (N. de T.: "partido de grupo marxista-delinquente) y otros radicales norteamericanos hostigandote a vos, un comunista real y un poeta con las botas bien calzadas. ¿No hizo eso que te preguntaras qué diablos pasa en Estados Unidos? ¿En qué pensaba esa gente cuando te exigió una definición más energética, más sonora y más vengativa contra la situación política de su gobierno en Vietnam?

Por supuesto que todo el mundo sabe dónde está ese parado. Difícilmente hubiera sido inteligente atacar la política norteamericana mientras eras huésped de esta nación. Pero esas excesivas demandas que te hicieron aquellos que obviamente te admiraban deben indicarte la extrema hostilidad (odio a sí mismos) y la horrible e inarticulada atrocidad que está consumiéndose a la *inteligencia* de Estados Unidos. Aquellos que no están delirando están en estupor catatónico; no quedan centros racionales, así tenemos que haberlo notado durante tu permanencia allí. Por favor, aceptá mis disculpas por algunos descortesos paisanos míos.

Pero tengo la seguridad de que ellos no te irritaron. Sólo ansío que los comprendas; entonces podrás entender nuestro predicamento, nuestro desesperado predicamento. Imaginá, mi

excelente Yevgeny Aleksandrovich, que lo que esos disidentes pedían con vehemencia no era sólo tu considerable encanto, sino tu abuso poético y tu repudio personal. Ellos no querían poemas sobre nada, sino sangre y Vietnam. Complacerlos hubiera sido un gesto obvio y sólo blandamente perverso, que nada hubiera logrado excepto tu inmediata partida de estas tierras.

Con gran sensibilidad has escrito: "*¿Qué hay de bueno en un poeta suicida? Mejor un poeta con silenciador.*" Pero no puedes esperar que los desesperados norteamericanos se calmen con aforismos líricos. ¿De qué sirve un silenciador si no está acoplado a un arma? Y siendo norteamericanos, con nuestras tradiciones del Salvaje Oeste, querían que sacaras tu revólver de poesía y que bajaras disparando. Nuestro barbudo Ginsberg lo habría hecho, al igual que nuestro mal hablado León poeta local Mike McClure.

Zhenya, te digo que ellos, nosotros, ¡todos estamos locos aquí! A ambos lados. ¡En todos los lados. Pero podés entender nuestra necesidad de una explosión. Algo que afloje la insostenible presión de Estados Unidos. ¿(No te sentiste desmayar mientras estabas aquí)? Naturalmente que entendés al poeta que escribiste: "*La poesía / no es una capilla de pac / La poesía / es una guerra salvaje*", y muchas almas ingenuas esperan batalla instantánea.

Tomá por ejemplo la situación política aquí en Berkeley. Creo que te diste cuenta de que este campus, el último de su tipo, es probablemente el campus más politizado del país. Sea como fuere, es por cierto el campus de la gratificación instantánea por medio de la confrontación instantánea, y el hogar titular del movimiento estudiantil de la nación. En Berkeley no pediste por "lobos jóvenes", ni siquiera notaste su existencia, y eso desilusionó a muchos de ellos, pues para ellos eso casi un héroe. Querían que... sólo el cielo sabe qué esperaban de vos. Además, la semana anterior habías habido una huelga estudiantil y todavía estás pagando las consecuencias. Con seguridad sabés que éstos, tus verdaderos "jóvenes lobos", son mucho más importantes que Steinbeck, mucho más importantes en todo sentido. Ellos son a pesar de todo— nuestra última esperanza visible. Son las tropas de choque de las batallas por los

derechos civiles y la espina dorsal del movimiento pacifista... Si hay algo decente y joven en la vieja, horrible y sicológica América, son probablemente los activistas estudiantiles de la Universidad de California en Berkeley. Tendrás que haberles hecho la venia, querido tovarich Yevushenko. Hasta la guañada más imperceptible hubiera sido captada y apreciada... ¿O pensaste que esa muchedumbre —los mil del auditorio Wheeler y los otros mil que en el salón Dwinelle vieron tu actuación por el circuito cerrado de TV— estaba reunida solamente como tributo a tu poesía?

(Dejame decirte ya mismo que en su traducción al inglés tu poesía es menos inspirada, sus traductores no la han hecho un buen servicio. Pero tu preocupación por la libertad, tu amor y tu coraje brillaron notablemente. Ayudados, obviamente, por el conocimiento público de tu coraje personal debidamente demostrado por los informes.)

Por supuesto, no tenés que malentenderme. Los únicos a los que les importa algo lo que sos, lo que dijiste y lo que podías haber dicho, son los más radicales elementos de Estados Unidos: rebeldes, extremistas, protestadores; un puñado de artistas, algunos pacifistas, varios reporteros, y un par de rayados. En otras palabras, tus hermanos.

Te diré la verdad, tovarich Yevushenko, a veces gasto días cavilando sobre qué podría escribir uno para causar efecto. Y ello es suficiente para hacer que un escritor norteamericano se vuelva hacia un escritor ruso y le diga que no tenemos más palabras. Nuestra poesía es demasiado amarga como para ponerla en nuestras bocas. Quizá vos puedas decirnos por nosotros.

Recordás la declaración hecha por ese gran cuentista de ustedes, Isaac Babel, durante el Congreso Internacional de Escritores, en Moscú en 1932? Se ajusta particularmente a los EE.UU. de hoy. Babel dijo: "... nosotros los escritores tenemos todavía una importante libertad, y es la libertad de permanecer callados."

Por nuestro silencio, tovarich Yevushenko, sabrás que todavía hay poetas y hombres de letras con conciencia en Estados Unidos. ¿Hablarás por nosotros?

Stephen Schreck

DATA: Publicó *The Nightclerk*, premio Formentor 66. (Credits: Ramparts)

proyecto sigma

Alexander Trocchi

Este trabajo complementa uno del mismo autor aparecido en E. C. 8/9, y titulado *La insurrección invisible*. Comenzaron a circular entre 1963/64 y si bien algunos de sus planteos prácticos siguen experimentándose (los creemos perfectibles), en general compartimos la mayoría de sus conclusiones. Ver nuestras notas al final.

Tenemos la convicción de que durante bastantes años un cambio —que bien podría ser considerado como evolucionario— ha venido teniendo lugar en las mentes de los hombres; éstos han ido captando lo que implica volverse conscientes de sí mismos (o auto-conscientes). De este modo, aquí y allá en todo el mundo, individuos y grupos experimentales de individuos están —más o menos intencionadamente— aplicando técnicas de desarrollo que inspiren y sostengan la auto-conciencia en todos los hombres.

Por más imperfecta, fragmentaria y desarticulada que esta nueva fuerza pueda aparecer en la actualidad, ahora está en proceso de volverse consciente de sí misma en el sentido de que sus individuos-sostenedores comienzan a reconocer su participación en ella y a considerar los problemas técnicos del reconocimiento mutuo y —en última instancia— de la acción armónica.

La historia consiste en sociedades entroncadas con sus instituciones —todas ellas afirmando el pasado— y tienden a perpetuarse a sí mismas, sea cual fuere su carácter. Así se produce en la historia una inercia natural. Las convenciones —y las instituciones que les dan autoridad— se cristalizan. Y el cambio es resistido, sobre todo los cambios en el modo de pensar. El cambio que aquí nos concierne fue explícito por primera vez en la ciencia moderna; y el mismo cambio ha sido anunciado durante casi un siglo por el arte moderno. Con el siglo XX se ha hecho posible toda una nueva manera de pensar. Del mismo modo que el mundo sustancial y objetivo fue destruido por la ciencia moderna, así todo el arte moderno ha alterado al objeto convencional y lo ha destrozado. El arte moderno expresa el cambio evolucionario al que nos referimos; y la ciencia moderna nos ha proporcionado métodos y técnicas con las que podemos postular y resolver los problemas prácticos de nuestra adaptación a la historia de acuerdo a un nuevo modo, consciente y creativo.

En la búsqueda de una palabra que designara una posible asociación internacional de hombres que se hallan aplicados individualmente y en común a la articulación de una táctica y una estrategia efectiva para esta revolución cultural (ver *La insurrección invisible*), se pensó que era necesario hallar una palabra que no provocara respuestas obvias. Y elegimos la palabra "sigma". Usada comúnmente en la práctica matemática para designar el todo, la suma, la integridad, parecía ajustarse muy bien a nuestra noción de que eventualmente todos los hombres podían ser incluidos.

En general, preferimos utilizar la palabra "sigma" con una letra pequeña, como un adjetivo en vez de un sustantivo, pues ya existe un considerable número de individuos y grupos cuyos fines —conscientemente o no— están inauditamente cerca de los nuestros, grupos que ya se llaman X o Y o Z y cuyos miembros pueden estar maldispuestos a asumir sus identidades públicas bajo cualquier otro nombre. Si estos grupos pudieran ser persuadidos en cuanto al significado de ligarse "objetivamente" a sigma, por el momento eso sería suficiente. Más aún, en un previsible futuro, podríamos considerar prudente el mantener múltiples identidades legales; pues haciéndolo así, podríamos evitar que se produjeran los más obvios tipos de resistencia.

Por cierto dispersos como estamos y como estaremos hasta que varios focos (sigmacentros) conscientes se establezcan, las comunicaciones efectivas resultan vitales. Todos los individuos y grupos del mundo entero deben ser contactados y en adelante invitados a participar. La gente debe ser localizada y activada: nos enfrentamos con el problema técnico de elaborar medios para empalmar el poder de todos nosotros (individuos) con una conducción efectiva. Esto debe resolverse sin exigir que nadie sumerja su identidad en algo nocivamente metafísico.

En *La insurrección invisible* ya nos referimos al tipo de situación que deseamos provocar. La concebíamos como una especie de universidad espontánea. Pero el término "universidad" tiene algunas connotaciones desafortunadas y resulta, además, demasiado limitado como para incluir todo un complejo de procesos humanos vitales y contagiosos que tenemos en la mente para detonarlo primero aquí en Inglaterra y subsecuentemente por todo el mundo. La universidad espontánea original (o sigmacentro) será solo una fuente. Lo que nos concierne son las ciudades y las civilizaciones, y no los "salones de clase" en el sentido convencional. No obstante, estamos en el principio de todo y debemos empezar con ciertas consideraciones prácticas. Nuestra situación experimental, nuestra conferencia internacional, debe estar ubicada de modo que nuestros "cosmonautas"¹ puedan congregarse o estar en contacto.

No se trata simplemente de la cuestión de fundar otro sello editorial, ni otra galería de arte, ni otro grupo teatral, y de conducirlo en éxtasis mental a través de los mecanismos de la codicia para su destrucción. Una empresa semejante (por el momento pienso en términos de Occidente), en el caso de sostenerse exitosamente dentro del complejo cultural

tradicional podría, sin lugar a dudas, "hacer mucho bien". Pero no es solo la industria editorial lo que según nuestro punto de vista se halla desbarajustada (y sin potencial para sobrevivir); pensar casi exclusivamente en términos de publicaciones es pensar en términos de las abstracciones de ayer. Un freno más blando y un arnés más elástico no van a convertir al viejo rocín en un potrillo. Por supuesto que sigma va a publicar. Cuando tengamos algo para editar. Y efectivamente lo haremos, sin olvidar ninguna de las técnicas desarrolladas por la industria. (E incluso puede ser que hallemos conveniente hacer publicar esto o aquello por algún editor tradicional.) Pero también nos interesa el arte. Con el ocio de mañana² en la mente, nos preocupa asir todas las riendas de la expresión. A ésto nos referimos cuando decimos que "la literatura ha muerto"; no es que algunos no vayan a escribir (en verdad, tal vez toda la gente lo haga) e inclusive escribir una novela (aunque sentimos que esta categoría ha casi sobrevivido su utilidad), sino que la escritura de cualquier cosa en término de una estructura capitalista —como un acto económico referido a límites financieros— no es de nuestro interés. Eso es negocio. Es una jungla para el talento. También queremos pintar y cantar. Tenemos que pensar en una sociedad en la cual el ocio es un hecho y en la cual la propia supervivencia del hombre depende de su capacidad para enfrentarse con ese hecho. La dicotomía tradicional espectador-creador debe ser quebrada. El "público" tradicional debe participar.

Hasta podríamos decir que no sabemos qué deseamos hacer; más bien queremos consultarlo con otras inteligencias sobre una base internacional y experimental. Entre otras cosas, creemos en la importancia de los panfletos y en su distribución, pero no es que vayamos a imprimir 12 (una docena completa!) panfletos el 14 de setiembre para "lanzar" nuestra editorial a fin de poner nuestra pequeña pelotita privada sobre los estropeados circuitos de la maquinaria cultural: éso sería invitar a la destrucción de la intuición que nos hace articular. Tampoco podemos limitarnos, en lo que se refiere al material impreso, a los conductos tradicionales. Un proyecto "editorial" interesante, por ejemplo, podría ser alquilar un panel de publicidad en (digamos) cuatro de las estaciones del subterráneo de Londres para un periodo de prueba de un año, y publicar nuestra revista semanal (o mensual) del tamaño de un cartel. Obviamente, el cartel podría colocarse de igual manera en otros lugares. Y hasta podría remitirse una copia en tamaño personal a los patrocinadores y suscriptores que valoricen una colección de facsímiles de los carteles. ¿Y por qué detenerse en Londres? (Subterráneos del mundo, ¡junios!) El trabajo editorial de semejante proyecto sería complicado pero no impracticable. Treinta o cuarenta escritores que simpaticen con sigma podrían ser requeridos por anticipado. Otros proyectos no convencionales, que discutiremos con más detalle más adelante, son: espacios de publicidad en pequeñas revistas, en las columnas personales de los diarios nacionales, todo tipo de etiquetas, cajas de fósforos, etc.,



papel higiénico (para el lector del New Yorker, que tiene de todo), cajas de cigarrillos, dorsos de naipes, etc. Por supuesto que también editaremos libros; pero la mayor parte de lo que eventualmente decidamos hacer brotará de la confluencia de las ideas creativas y de la buena voluntad que configuran sigma. Para empezar, debemos hacer posible una conferencia experimental, internacional y permanente; un encuentro constante de mentes que articulen y promuevan el vasto intercambio cultural que la UNESCO —por sus propios orígenes— está incapacitada para realizar.

A nuestros patrocinadores debemos decir: Aunque podamos contemplar el florecimiento económico de *sigma* en Occidente, no se trata de una organización comercial. Necesitamos una situación protegida, un sitio donde reunirnos y donde crear en conjunto. Ya se ha hecho bastante. Pero nuestra fuerza no reside tanto en lo que internacionalmente se ha hecho en nuestro nombre, como en la eficacia de otras inteligencias para nuestra inspiración más allá de las categorías. Hoy, en todo el mundo hay pequeñas combustiones de inteligencia, pequeños bolsillos de "hechura-de-situaciones". Algunos de los primeros teorizadores se llamaron a sí mismos "Situacionistas". Otros grupos e individuos que vemos con aptitudes similares, están siendo clasificados actualmente en una guía que servirá de base para nuestras comunicaciones. Tenemos que desarrollar mecanismos y técnicas para una especie de organismo cultural supracategorico. Creemos que algunos de los tópicos son así:

1) SIGMA como una guía internacional

El primer detalle esencial para aquellos cuyo propósito es ligar mente con mente en un proceso supranacional (transcategorico) es cierto tipo de guía expansiva eficiente, en "quién es quién" internacional. Es una cuestión de hacer balance, de saber qué disponibilidad de talento y de buena voluntad hay a nuestra disposición. ¿Quién está con nosotros? ¿Quién sabe que está con nosotros? Nuestra invitación general podría redactarse así:

Nos gustaría invitarlo a tomar parte en una conferencia internacional sobre el futuro de las cosas. El breve testimonio introductorio que acompañamos (La insurrección invisible) ha de darle una idea de lo que nos preocupa.

Hemos elegido la palabra *sigma* porque como símbolo está libre de implicancias semánticas aburridas.

Realmente dispersos como estamos, y como estaremos hasta que se establezcan varios puntos focales autoconscientes (en cada uno de los cuales sea autoconsciente una situación experimental en proceso de articularse), las comunicaciones efectivas son de vital importancia.

Ahora y en el futuro nuestro centro está en todas partes, y nuestra circunferencia en ningún sitio. Nadie está al mando. Nadie es excluido. Cualquiera será que está participando sin que le ofrezcamos una escarpela.

Hemos decidido que mientras sea económicamente posible, usted recibirá todas nuestras informaciones futuras. Las publicaciones de *sigma* son en general remitidas gratis a aquellos que participan de nuestras actividades.

La conferencia se inicia ahora y continúa indefinidamente. Estamos particularmente ansiosos por recibir pronto su participación, tan rápido como sea posible.

Compañeros *sigma*

Somos escritores, pintores, escultores, músicos, bailarines, físicos, bioquímicos, filósofos, neurólogos, ingenieros y de todo, de cualquier raza y nacionalidad. El catálogo³ de tal receptáculo de talento, inteligencia y poder, es en sí mismo un estímulo para nuestra imaginación.

2) SIGMA como una universidad espontánea

Podemos desechar las universidades existentes. Estas alguna vez ilustres instituciones están montadas y encadenadas casi sin esperanza a los ejes culturales-económicos del status-quo; se han vuelto una función dentro del contexto donde aparecieron para inspirarlo. De las universidades norteamericanas⁴ escribe Paul Goodman: "Por lo tanto, vemos la paradoja de que con tantos centros de crítica e iniciativas intelectuales posibles, hay mucho conformismo insustancial, y las Universidades son pequeños modelos del propio Sistema Organizado." Sección, la formación de un nuevo modelo; tal la respuesta tradicional, y según nuestra opinión: la única. Así se separó Oxford de la Sorbona, y así Cambridge de Oxford, y "el fermento intelectual fue más vigoroso, la enseñanza más brillante, el monopolio de la educación superior más completo, casi antes de que una universidad existiera del todo." (Hastings Rashdall: *Las universidades de Europa en la Edad Media.*) Las burocracias de las universidades se fusionan con las burocracias del Estado, las reflejan; y la enfermedad específica de la burocracia es que tiende a reproducirse en abundancia y a funcionar como un organismo parasitario, inventando "necesidades" para justificar su existencia, y al final sofocando al huésped que se suponía iba a nutrir (educar). (Ver las sátiras de William Burroughs). Las universidades se han convertido en fábricas para la producción de técnicos graduados; y los variados informes gubernamentales sobre ellos (en especial el informe Robbins), patinando sobre la misma gruesa costra de siglos, pide más y más de lo mismo.

Las vacías capillas de los colleges de Cambridge son un símbolo significativo de la declinación de la institución paternal. Construidas originalmente para albergar el alma de la comunidad de eruditos, en la actualidad han sido abandonadas. Hace poco, un diario informó sobre un premio instituido para el estudiante que escribiera el mejor ensayo sobre el destino que debía dársele. Fue adjudicado a uno que sugirió que debían ser convertidas en laboratorios científicos, comedores, bibliotecas y residencias estudiantiles, etc. En resumen, lo que una vez fue un centro espiritual vital debía aplicarse a propósitos materiales; el espacio escasea, y la imaginación más aún. Que algo inmaterial, intangible, se había perdido... eso se pasó por alto. Hubiera habido más esperanzas para Cambridge —ciertamente mayor evidencia de espiritualidad— si se hubiera decidido convertirlas en burdeles.

Mientras, aquellos que (errada o acertadamente) desconfían profundamente del método estadístico reclamando la abolición de los exámenes calificatorios, tienden a pasar por alto la funesta influencia del

currículo basado sobre el régimen de exámenes en las actitudes y los hábitos de la población estudiantil de nuestras universidades. El sistema competitivo estimula al técnico inteligente, al suelto de lengua, al plausible. Es ciertamente doloroso y quizá hasta peligroso para un estudiante sumergirse profundamente en su especialidad; pues constantemente tiene que estar listo para demostrar su virtuosismo: los estudiantes de nuestras universidades están tan ocupados asumiendo apariencias que raras veces se encuentra uno a quien interesen las realidades. El sistema entero consiste en un peligroso anacronismo. La única respuesta consiste en la secesión de las mentes vitales, en todas partes.



Los profesores universitarios más imaginativos en todo el mundo tienen buena conciencia de estas cuestiones. Pero nada pueden hacer ellos hasta que vislumbren una alternativa posible. Sigma, como universidad espontánea, es una alternativa. Solo puede crecer a partir del esfuerzo combinado de individuos y grupos de individuos que oficialmente trabajen a nivel internacional. Para un proyecto piloto, buscamos no lejos de Londres (y Edimburgo, y Nueva York, y París, y Buenos Aires, etc.) una gran casa. Aquellos que han visto las fotografías del "museo" personal de Lyn Chadwick en el suplemento en colores del Sunday Times meses atrás, aquellos que saben algo de la Fundación Louisiana en Dinamarca, de la "ciudad semántica" en Canissy (Francia), sobre las actividades culturales de Big Sur (California), sobre el Colegio Black Mountain en Carolina del Norte, sobre varios conglomerados culturales espontáneos en California y Nueva York a finales de los años cincuenta, tendrán alguna idea sobre la importancia vital de la ambientación. Mientras por un lado se enfatiza bastante la importancia del medio ambiente del hombre (en especial durante los primeros años formativos) por el otro nuestras sociedades accrucan de buen o mal grado a la gente en bloques cuadrados de departamentos a fin de cumplir con las exigencias inmediatas de la industria. Por el momento, poco podemos hacer al respecto, pero podemos poner cuidado en que las características estructurales de nuestros sigmacentros estén empalmadas (y lo inspiren) con el futuro tal como imaginamos que debe ser, en vez del pasado y el presente, fuera de los cuales el hombre debe evolucionar. Nuestro sigmacentro experimental será en todas sus funciones un modelo para las funciones del futuro más que para las del pasado. Nuestros arquitectos, al llegar a la sede de nuestro primer grupo de compañeros, diseñarán la arquitectura de la universidad espontánea para y alrededor de los participantes.

El sitio no debe estar más lejos de Londres que Oxford o Cambridge,

pues debemos ubicarnos a una distancia razonable de la metrópoli, puesto que muchas de nuestras actividades tendrán relación con los fenómenos culturales ya establecidos allí, y para que aquellos venidos del extranjero puedan viajar ida y vuelta a la capital sin dificultad. Más aun, siempre hemos visualizado 1) a nuestra situación experimental como una especie de veleta realidad del futuro existiendo lado a lado con el "aparato" actual, y 2) al proceso como una especie de "in(ex)filtración" gradual. Si nos situáramos demasiado lejos de los centros de poder, correríamos el riesgo de ser considerados por algunos de aquellos que nos preocupa atraer como un grupo de escapistas utópicos, exiliados espirituales escapando hacia Shangri-La sobre la bicicleta de nuestra frustración⁵. Entonces, "El edificio original deberá estar bien metido en sus propios terrenos, preferiblemente en las márgenes de un río. Debe tener la suficiente capacidad para que un grupo piloto (astronautas del espacio interior)⁶ pueda situarse, organismo y genio, con sus herramientas y máquinas de soñar, aparatos sorprendentes y pertenencias; con cabañas para talleres amplios como para permitir la instalación de industrias livianas; un terreno vasto que permita arquitecturas espontáneas y la eventual planificación de un pueblo." Etc. (Ver *La insurrección invisible*.) Aquí se ubicará nuestro "laboratorio experimental", nuestra comunidad-como-arte, y comenzaremos a explorar las posibles funciones de una sociedad donde el ocio es el factor dominante, una comunidad universal donde las presunciones convencionales sobre la realidad y las contradicciones que ellas implican dejen de ser activas, donde arte y vida dejen de estar separados. La "universalidad" que sospechamos tendrá mucho en común con el "ociodromo" de Joan Littlewood (si se me disculpa acuñar una palabra) será puesta en acción por un "colegio" de profesores-practicantes sin una administración separada.

La atrofía cultural que es endémica en las universidades convencionales debe ser contrarrestada con un impulso enteramente nuevo. Ningún preconcepto pedagógico, ninguna proliferación posterior de funcionarios o equipos o edificios, ni siquiera un mero sustrato de administración o planeamiento serán de utilidad. Lo esencial reside en un nuevo y consciente sentido de la comunidad-como-arte-de-vivir; la situación experimental (laboratorio) con su "personal" será considerada como un organismo, una realización permanente, un proceso creativo, una comunidad establecida sobre miembros individuales. Dentro de nuestro hipotético contexto, muchos problemas históricos tradicionales serán reconocidos de inmediato como artificiales y casuales; simultáneamente nos daremos cuenta de nuestra capacidad para franquearlos por una nueva vía de acceso; y ciertamente muchos problemas vitales que hoy reciben escasa o ninguna atención —junto con otros que en este contexto convencional ni siquiera pueden ser articulados— serán reconocidos como más apropiados para cualquier posible futuro de la humanidad en este planeta...

Debemos elegir a nuestros asociados originales ampliamente entre

los más brillantes talentos creativos en las artes y las ciencias. Habrá hombres y mujeres que entiendan que uno de los logros más importantes del siglo XX es el vasto reconocimiento de la naturaleza esencialmente conexas de todos los idiomas, que la mayoría de nuestras técnicas educacionales básicas han sido heredadas de un pasado en el que casi todos los hombres ignoraban las limitaciones inherentes a cada idioma. Habrá hombres y mujeres que reconocerán el hecho de que los primeros seis años escolares del niño están todavía dedicados a proporcionarle un mobiliario emocional impuesto a él por su padre, y que desde el comienzo es estrenado para responder en términos de un sistema neuro-lingüístico en última instancia inadecuado a los problemas reales con que deberá enfrentarse en el mundo moderno.

Nuestra universidad deberá convertirse en una comunidad de mentes cuya función vital es descubrir y articular las funciones del mañana, una asociación de hombres libres creando un ambiente fértil para la nueva sabiduría y el nuevo entendimiento (hombres que no llegan a la conclusión de que Kropotkin⁷ llevaba una bomba por el hecho de ser anarquista), y que crearán un clima moral independiente donde lo mejor de lo imaginado y pensado pueda florecer. La comunidad que es la universidad, deberá convertirse en un modelo viviente para la sociedad sin limitaciones.

La modificación básica de la actitud descrita en las páginas previas debe suceder. ESTÁ SUCEDIENDO. Nuestro problema consiste en hacer a los hombres conscientes de este hecho, y en inspirarlos para que participen en él. El hombre debe tomar el control de su propio futuro: solo haciendo tal cosa puede albergar la esperanza de heredar alguna vez la Tierra.

Trochi escribió este artículo mientras nosotros —sin conocerlo— trabajábamos las bases del Movimiento Nueva Solidaridad y del memorable encuentro de poetas acaecido en México a comienzos de 1964. (Ver *Arte y Rebelión*)

1. La Conferencia continúa hoy en el tiempo, en las vísceras y en el espacio.
2. Aunque bramen los mediocres Izquierdómanos tipo CEFYL-FUA, preocuparse por la sociedad del futuro es también una manera de transformar la vida y las cosas.
3. Existen en la actualidad unas 25 publicaciones que confluyen en el UPS (Sindicato de la Prensa Subterránea). Volveremos al tema más adelante.
4. A fines de 1964 se produjo en Berkeley (California) el primer gran motín estudiantil que sacudió irreversiblemente la estructura universitaria de EEUU.
5. Recomendamos la lectura reiterada de este párrafo a quienes suponen que somos reaccionarios individualistas burgueses zen-poetas mafiosos.
6. Para esta situación estamos utilizando el término *sicomanía*.
7. Aviso para los distraídos: Si creen haber hallado nuestro "ismo" se equivocan. Kropotkin es demasiado conservador para nuestros anhelos.

Podemos citar aquí las actividades del *Teatro Sigma* en Amsterdam (Holanda) y la reciente consolidación de una universidad espontánea a 100 millas de Nueva York en un terreno de varias hectáreas: se identifica como *TwoOneTwo Group*. En cuanto a las principales publicaciones del UPS podemos citar al *East Village Other* de Nueva York, *The Oracle*: vocero de la comunidad "hippie" de San Francisco, *The Los Angeles Free Press*, *Other Scenes* del editor viajero John Wilcock y *The International Times* de Londres.

DIARIO ARGENTINO

Witold Gombrowicz



Más o menos en 1942 trabé amistad con el poeta Carlos Mastronardi —fue ésta mi primera amistad intelectual en la Argentina. Los pocos versos de Mastronardi le habían asegurado un sitio destacado en el arte argentino. Arriba de la cuarentena, sutil, con lentes, irónico, sarcástico, hermético, algo parecido a Lehon, era este poeta de Entre Ríos un provinciano adornado de la más fina Europa, era a la vez una bondad angélica metida en la coraza de lo cáustico, un cangrejo que defendía su hipersensibilidad. Despertó su curiosidad el ejemplar, raro entonces en el país, de un europeo culto, y a menudo nos encontramos en un bar en horas de la noche... lo que tenía también para mí un sentido gastronómico porque de vez en cuando él me convidaba con ravioles o spaghettis. Poco a poco le descubrí mi pasado literario, conté lo de Ferdydurke y de otros asuntos y todo lo que era en mí diferente del arte francés, español, inglés lo interesó vivamente. Y, a su vez, me iniciaba en los entretelones de la Argentina, país nada fácil y que escapaba de modo extraño a ellos, los intelectuales, y aun a menudo les asustaba. Pero de mi parte, el juego era más enmascarado —más enmascarado porque prohibido. No podía decir todo. No podía descubrir ese lugar en mí, penetrado por la noche, que llamé "Retiro". Convidaba a Mastronardi con el trabajo de mi mente anarquizada que buscaba algunas "soluciones", sin indicar las fuentes de mi inspiración — y él no sabía de dónde me venía la pasión con la cual acometía contra los mayores y lo "mayor", exigiendo que en la cultura, basada hasta ahora en la supremacía de la superioridad, de madurez, lo "mayor", se pudiese en evidencia esta corriente que provenía desde abajo y que a su vez hacía depender lo "mayor" de lo "menor", la superioridad de la inferioridad. Exigía que el "Adulto" fuese sometido al "Joven". Exigía que por fin fuese legalizada en nosotros esa tendencia a un incansante rejuvenecimiento, y que la juventud fuese reconocida como un valor distinto de todos, que cambia nuestra relación con los demás valores. Tenía que dar las apariencias de un razonamiento a lo que era en mí una pasión, y esto me conducía a un sinnúmero de construcciones mentales que en realidad me eran indiferentes... pero, ¿no es así que nace el pensamiento, como un sucedáneo inocuo de ciegos anhelos, necesidades, pasiones a las cuales no sabemos procurar el derecho de ciuda-

dania entre los hombres? El infantilismo era lo que aliviaba este diálogo —porque Mastronardi, casi tan infantil como yo, sabía por suerte divertirse conmigo, y yo con él me divertía. El infantilismo, estando próximo a la juventud, es sin embargo infinitamente menos comprometedor; por eso resulta más fácil a un hombre maduro ser infantil que ser juvenil; por eso yo casi siempre me volvía infantil frente al demonio del verdor, con el que no podía llegar a ningún arreglo. Sin embargo, ¿hasta dónde quería yo ser infantil, y hasta dónde lo era de verdad? ¿Hasta dónde quería ser joven, y hasta dónde constituía en verdad alguna especie de tardía juventud? ¿Hasta dónde todo esto era mío, y hasta dónde era solamente algo de lo cual estaba enamorado?

Mastronardi estaba en buenas relaciones con el grupo de Victoria Ocampo, el más importante núcleo literario del país, que se concentraba alrededor de la revista "Sur", editada por la susodicha Victoria —una aristocrática dama, sentada sobre gordos millones, que hospedaba en su casa a Tagore y Keyserling, cuya obstinación entusiasta la hizo amiga de Paul Valery, que tomaba te con Bernard Shaw y se tuteaba con Stravinsky. ¿En qué medida influyeron sobre esas majestuosas familiaridades de la señora Ocampo sus millones, y en qué medida sus personales e indudables calidades y talentos? —he aquí una pregunta que no pretendo contestar. El olor insistente de esos millones, este perfume financiero, un tanto irritante a la nariz, me quitaba las ganas de conocerla. Se contaba que un escritor francés de apellido conocido, cayó ante ella de rodillas, gritando que no se levantaría sin obtener dinero para la fundación de una "revue" literaria. El dinero le fue dado, porque —dijo la Ocampo— ¿qué podía hacer con una persona que estaba arrodillada y no quería levantarse? Tenía que darle. En lo que se refiere a mí, esta actitud del escritor francés frente a la señora de Ocampo me parecía, después de todo, la más sana y más sincera, pero estaba persuadido de antemano que, no siendo conocido en París, no sacaría nada de ella aunque me arrodillara durante meses enteros. No me apuraba pues en hacer el peregrinaje a la residencia de San Isidro. Por otra parte, Mastronardi temiendo —y con razón— que el "conde" (porque, como ya sabéis, me declaré conde) fuera a comportarse en forma rara o aún descabellada, tampoco se apuraba con la introducción de mi persona a esas reuniones. Por lo tanto, decidí presentarme primero a la hermana de Victoria, Silvina, casada con Adolfo Bioy Casares. Un día fuimos allí a cenar.

Después conocí a muchos otros literatos, una buena parte de la literatura argentina —pero me detengo más tiempo en estos mis primeros pasos, porque los que siguieron no eran muy diferentes. Silvina era "poetisa", publicaba de vez en cuando un volumen... su marido, Adolfo, era autor de novelas fantásticas bastante buenas... y este matrimonio culto permanecía todo el día en la poesía, en la prosa, frecuentaba las exposiciones y los conciertos, estudiaba las novedades

francesas, sin descuidar tampoco su discoteca. Sin embargo, en esta cena estaba presente también Borges, quizá el más talentoso escritor argentino, dotado de una inteligencia agudizada por el sufrimiento personal— y yo, con razón o sin ella, consideraba que la inteligencia era el pasaporte que aseguraba a mis simplismos el derecho de permanencia en el mundo civilizado. Pero, prescindiendo de las dificultades técnicas, de mi castellano indolente y de los defectos de pronunciación de Borges, que hablaba rápido y de modo poco comprensible, y también de mi impaciencia, de mi orgullo y de mi rabia, tristes consecuencias del doloroso exotismo y del consiguiente aprisionamiento en lo extranjero, ¿cuáles eran las posibilidades de comprensión entre esta Argentina intelectual, estetizante y filosofante, y yo? A mí me fascinaba en este país lo bajo, y eso era lo alto. A mí me hechizó la oscuridad de "Retiro", a ellos las luces de París. Para mí esta inconfesada, silenciosa juventud del país, era una vibrante confirmación de mis propios estados anímicos, y por eso la Argentina me arrastró como una melodía, o más bien como un presentimiento de melodía. Ellos no percibían aquí ninguna belleza. Y para mí, si había en la Argentina algo que lograba la plenitud de su expresión y podía imponerse como estilo, esto se manifestaba sólo en los tempranos estados de desarrollo, en un



Gombrowicz and M. G.

joven, jamás en un adulto. ¿Qué es, sin embargo, importante en un joven? Por cierto, no su saber, experiencia, razón o técnica, siempre inferiores y más débiles en él que en un hombre ya formado y cristalizado, sino únicamente su juventud —ésta es su carta de triunfo. Pero ellos no veían en esto ninguna ventaja, y esta élite argentina recordaba más bien una juventud mansa y estudiosa con la única ambición de aprender lo más pronto posible la madurez de los mayores. ¡Ah, no ser juventud! ¡Ah, tener una literatura madura! ¡Ah, igualar a Francia, a Inglaterra! ¡Ah, crecer lo más pronto, crecer! Y además, ¿cómo podrían ser jóvenes, si personalmente, claro está, eran hombres de cierta edad, si su situación personal no encajaba en aquella juventud del país entero, si el hecho de que pertenecían a la clase social alta excluía una verdadera unión con lo bajo? Así, Borges, por ejemplo, tomaba en cuenta solamente su propia edad, y no, para decirlo así, la edad que le rodeaba; él era un maduro, un intelectual, un artista, perteneciente a la internacional del espíritu sin ninguna relación definida ni intensa con su propio suelo. Y esto era así, a pesar de que aderezaba de vez en cuando, su metafísica (que muy bien podría haber nacido en la luna) con lo gauchesco y lo natal —porque en el fondo su modo de encarar lo americano era precisamente europeo—, él veía a la Argentina como un francés culto ve a Francia o un inglés a Inglaterra.

Pero el ambiente del país era tal, que aquí este Borges europeizante no podía lograr verdadera vida. Era adicional, como pegado, un ornamento; y no otra era la suerte de toda esta literatura argentina, tanto la preparada a la francesa e inglesa, como la que se esforzaba, según los esquemas consabidos, por exaltar lo propio, lo nacional, el folklore (haciéndolo exactamente como se hace en otras partes). Naturalmente sería un disparate exigir que ellos, siendo mayores, pudiesen directamente expresar la juventud, que, siendo superiores, pudiesen textualmente expresar la inferioridad. Pero les culpaba por no haber elaborado una relación con la cultura mundial, más acorde con su realidad, realidad argentina. El arte es ante todo cuestión de amor; si queréis conocer la verdadera posición del artista preguntad: ¿De qué está enamorado? Y era para mí evidente que ellos, o no estaban enamorados de nada o de nadie, o lo estaban de Londres, París, Nueva York, o en fin, de un folklore bastante esquemático e inocuo. Pero ninguna chispa auténtica brotó entre ellos y esta masa oscura de la belleza "inferior".

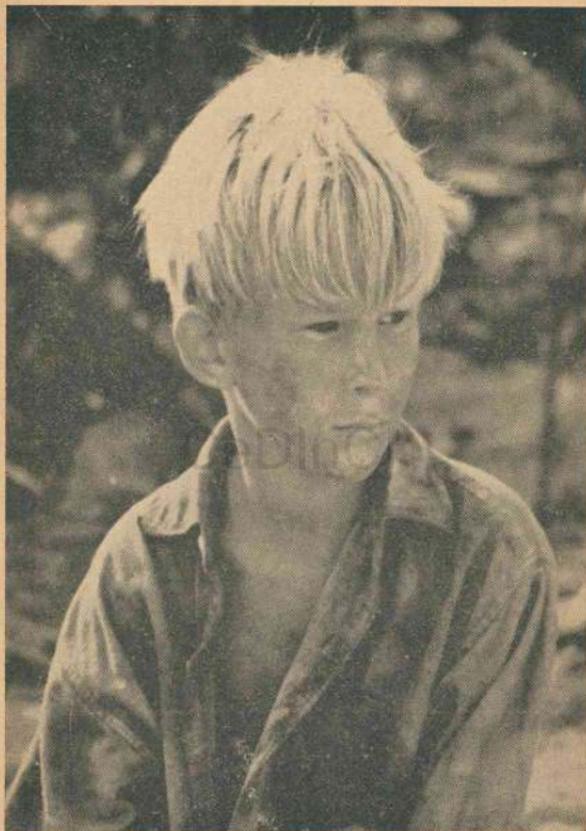
Si no fuera así, si hubiesen captado la poesía al lado de la cual pasaban con la nariz metida en los libros, ¿acaso toda la inspiración de esta raza no habría tomado otra dirección? Una cantidad enorme de problemas se erguía ante todo aquel que quisiese desde aquí participar en la cultura mundial como genuino representante de su lugar en el mundo. ¿No consistirá el papel de una cultura más joven, además de repetir las obras adultas, en crear sus propios puntos de partida?

¿No será que la palabra "arte", "historia", "cultura", "poesía" suenan aquí en forma diferente que en Europa, y por lo tanto, no es dable pronunciarlas del mismo modo? ¿Debe el joven obediencia al maestro o es que, con arrogancia, con atrevimiento, debe abrirse paso? ¿No era esta la plataforma ideal para someter a una crítica creadora todos los mecanismos gastados del espíritu europeo, poner en claro todas sus estupideces, liberarse de sus convenciones? Por eso la corrección del arte argentino, su aire de buen alumno, su buena educación, eran para mí testimonio de impotencia frente a su propia realidad. Prefería una "gaffe", una equivocación, hasta suciedad, pero creadoras. De vez en cuando trataba de decir a algún argentino lo mismo que se me ocurre decir a los polacos: —Interrumpen por un momento la producción de versos, de cuadros, las conversaciones acerca del surrealismo, averigüen si esto los satisface de veras, piensen si no valdría la pena meditar un rato en vuestra ubicación en el mundo y en la elección de vuestros medios y fines. Pero no. A pesar de toda su inteligencia, no lo asimilaban. Nada podía parar la marcha de este nuevo taller cultural. Exposiciones. Conciertos. Conferencias sobre el gauchó o sobre Alfonsina Storni. Comentarios, glosas, ensayos. Novelas y cuentos. Volúmenes poéticos. Y, por otra parte, ¿acaso no era polaco y acaso no sabían que los polacos no son en general "finos" y a la altura de la problemática parisiense? Decidieron pues que era yo un anarquista bastante turbio, de segunda mano, uno de esos que, por falta de luces mayores, proclaman el "elan vital" y desprecian lo que son incapaces de comprender.

Así terminaba la cena en lo de Bloy Casares... en nada... como todas las cenas consumadas por mí con la literatura argentina. Y así pasaba el tiempo... pasaba la noche de Europa y la mía, durante la cual se edificaba con grandes dolores mi mitología... y podría presentar hoy toda una lista de palabras, cosas, personas, lugares, que tienen para mí el gusto de una cantidad pesada e íntima —este era mi destino, mi templo. Si os introdujese en esta catedral, quedaríais asombrados viendo qué triviales y a veces hasta miserables, eran en su menudez los altares a los que rendía culto— pero la santidad no se mide por la grandeza del dios, sino por la vehemencia del alma que santifica cualquier cosa. "No se puede luchar con lo que el alma ha elegido".



DATA: Witoldo acaba de ganar los 20.000 dólares del Premio Internacional de Literatura. En algunas librerías de Baires todavía puede encontrarse (con suerte) un ejemplar de su novela *Ferdydurke*. La traducción de este trecho de su diario le pertenece y nos la dejó antes de irse a Europa. Editorial Sudamericana preparó la edición de sus páginas argentinas. Nos divertiremos.



Lord of the flies - Cortesía Peter Brook

RIMBAUD REY



Eugenio Montejo

Se ha hablado mucho de él, ¿no se habla mucho siempre de los reyes? Y no obstante, ¡qué pavor en el ánimo de una nueva cuartilla! ¿Fue su reino de lo real o lo irreal, qué pesquisa pulverizada puede develarnos la imagen del Rimbaud Rey? Sabemos que era demasiado joven cuando hubo ganado el Imperio, mas debemos ordenar en los actos de su espíritu la concreción de su linaje. ¿En qué instante se inicia la dinastía de su orden sagrado? Precisamos el dato de su ascensión sólo por el tono de su habla. Ignoramos el día en que tomó el reino en sus manos. Se cuidó de callarnos esta revelación. Cuando dijo: "voy a descifrar todos los misterios, misterios religiosos o naturales, muerte, nacimiento, porvenir, pasado, cosmogonía, nada", ya hablaba el lenguaje del Rey.

No pretendemos hurgar en sus proclamas un mito de anti-verdad ni elucidar las claves de sus alejandrinos perdidos. Queremos aproximar una vía de sensibilidad al reino donde sus órdenes, sus anatemas, afirman nuestra vitalidad de futuro. Acaso la juventud y el destello de brevedad de esta Poética sean tan sorprendentes como para procrear la sospecha. Pero estas meras cifras exteriores insertan un gesto inexcusable: el de haber sometido su alma cuidadosamente a un proceso de éxtasis, fulguración, videncia y posesión múltiples. En su última linde ese gesto intenta invertir el curso de la sangre e instaura una aventura menos gratuita en el acto de ser.

Sabemos que escrutó en el fondo de nosotros la noche en que el ser se levanta de su caída y oteó los giros de la más profunda constelación. Nos consta que para salir de su reino construyó un barco de sí mismo, de su propia ebriedad y cruzó en sus aguas interiores los tifones más impenitentes, las heladas de la desolación y el silencio ilimitado del mar. En cada uno de esos actos, lo sabemos, perfeccionaba una irrupción hacia lo irreal trascendente y construía una a una las leyes de un nuevo sistema de imaginación. Nunca quiso descansar en su propia aventura, más aún, forjó un motor de antifelicidad con que

se acechaba a sí mismo: "la felicidad era mi fatalidad, mi remordimiento, mi gusano", decía. Hizo del trabajo del Imperio el trabajo de su alma: probó en él las penurias y alegrías de todos los hombres y detectó su procedencia oscura. Impuso la velocidad de su vida a las máquinas que forjaban el porvenir, y le bastó. En el devocionario de sus grandes seguidores se recauda un diezmo del espíritu en el sentido legítimo de la primicia. A lo último, cuando pudo enfrentar con regocijo la comprobación de cada una de sus profecías, bajó de su tronco con diecinueve años, una pastilla de chocolates y la abdicación final. A las puertas del reino, ya de salida, pudo escucharse su última admonición: "esclavos, no maldigamos la vida".

Este Imperio de Rimbaud es ejercido en un frente distinto a todas las realidades precedentes. Lo vemos llevar su palacio tras de sí como una carpa, para rectificar en cada paso las líneas ganadas a lo desconocido. Lo miramos cumplir una acrobacia sobre sí mismo, recorriendo calculadamente los sistemas de su lucidez interior, tramando las conquistas de sus infiernos: "yo debería tener mi infierno para la cólera, mi infierno para el orgullo y el infierno de la caricia: un concierto de infiernos". A las almenas de ese palacio sube para formular los heraldos del devenir y lo hace creando un alfabeto personal, cuyas vocales han sufrido la trasmutación de su magia poética. Cuando mira nacer el instante para el cual se ha ejercitado con astucia, lanza el grito justo que fue la contraseña espiritual de su tiempo: "cambiar la vida", y encarna en ese grito la fórmula mítica principal de su época.

Ahora ya podía decir su yo: "un golpe de tu dedo en el tambor desencadena todos los sonidos y comienza la nueva armonía". Aquel yo que persiguió incansablemente dentro y fuera de sí, en quien experimentó siempre con una fechoría premeditada todas las esencias malditas de su alquimia. Por entonces, quienes oyeron ese golpe sin fin, ese cruce de ruta, pudieron percibir el cambio de una corriente vital, el nacimiento de un habla, de un sistema de respiración universal, de un tipo humano distinto, no sólo más real que los existentes sino también más irreal que los inventados. ¿No ha dicho Henry Miller que en el mundo futuro el tipo de Rimbaud reemplazará al tipo Hamlet y al tipo Fausto? En un grito donde lo imaginativo dobla el escarnio de lo oscuro, esta nueva armonía —que desconcertó por su fascinación y fijó el límite máximo arrebatado en su hora a lo invisible e inaudible— funda el espacio imperial de Rimbaud.

Empero, el mito de su verbo no es superior al mito de su silencio. Ambos complementan la imagen del Rimbaud que se recrea en los dos estados de su vida como en la luz y la sombra. Quien pudo callar por propia mutilación, quien conservó el valor de enmudecer ante el reto de su inmensa propensión a poetizar, genera un pavoroso desconcierto a quienes pretenden develar su enigma con rigores de anodina lógica.

No creo que Rimbaud hubiese llegado en su obra al límite de lo imposible y haya preferido silenciarse. Ello equivaldría a suponer un Rimbaud agotado y atrapado en el movimiento de su ser. Me resisto a mirar ese silencio como una traición a su genio, según la versión ética de Albert Camus. En el rigor de su inepagación se exige la continuidad y se lamenta la obra superior a la *Saison en Enfer* de la cual, es su decir, Rimbaud nos priva voluntariamente.

Esa obra más grande que la *Saison* existe: es el silencio mismo, el silencio encarnado en expresión ardiente. Y ese silencio no implica una traición ni una imposibilidad: es el curso natural de su poética, la melodía incesante que sólo se acalla del todo cuando Rimbaud es enterrado. No es un callar en sí mismo, es un callar valorizado, un callar después de haber hablado como el mejor oráculo de su era, un silencio erizado, lleno de contenido que es una expresión en sí. Rimbaud no se va de su reino preguntando por los caminos: ¿soy aún el Rey? Se calla, pero se lleva el Imperio consigo, perpetúa en él su misterio creador. El hecho de no oírlo no convalida su negación. Ese silencio es su último acto poético. Ante él estamos siempre como Ulises en su encuentro con las sirenas, según la interpretación, tan lúcida, de Kafka:

"Para guardarse de las sirenas, Ulises se tapó los oídos con cera y se hizo amarrar al mástil. El canto de las sirenas lo traspasaba todo y la pasión de los seducidos hubiera hecho saltar prisiones más fuertes que mástiles y cadenas (...) Sólo que las sirenas tienen un arma más terrible aún que su canto: su callar. No aconteció, pero es imaginable la posibilidad de que alguien hubiera conseguido salvarse de su canto, pero de su silencio no se hubiera salvado."

¿Cómo salvarnos del silencio de Rimbaud? ¿Cómo no oír esa otra cadencia con que él vuelve sobre nosotros desde su mudez total? Todavía la poesía reina en la palabra. El acto poético se apega a la formulación del logos, la única posible en nosotros. Cuando ocurra que el pensamiento deje a la palabra como una cárcel y pueda fulgurar a través de otros medios psíquicos aún imprevisibles, ¿qué será de todas las poéticas escritas? Tal vez nos sea dado percibir entonces ese silencio desde su tono enunciativo como un proceso de comunicación que prescinde del Verbo. Es decir, un Imperio distinto fundado por Rimbaud cuyos umbrales ocultan porosas piedras de misterio.



De origen venezolano. Ha colaborado en publicaciones de la Universidad de Carabobo en su país. (Credits: Separata). El trabajo será explícito por sí mismo para aquellos que hayan pasado alguna temporada en el Infierno.



LA ARGENTINA CREPUSCULAR

Miguel Grinberg

Creo que la fórmula *El hombre quiere ser Dios* expresa bien la nostalgia del existencialismo, en tanto que yo planteo otra fórmula incommensurable contra aquella: *El hombre quiere ser joven*.

WITOLD GOMBROWICZ

Garda sobre la ciudad: un hecho concreto, natural y verificable. Simplemente eso. Un poeta podría murmurar: Tules de julio mordiéndome el contorno de la noche con desgana persistencia / criaturas del invisible pregon vertido para el reencuentro de la nostalgia... y así un centenar de páginas. Un hecho indefinible, espiritual e inapelable. Están los que ven y los que no ven, los que no quieren ver y los que creen ver, los que simulan para no sufrir y los que sufren porque no simulan.

Nunca me apasionó esa iracundia tradicional que enfrenta al bohemio con el burgués. De todos modos, no soy uno ni otro. Pero algo hiede en esta comarca, algo que nos ha ido invadiendo lenta, imperceptiblemente, hasta anular toda posibilidad de entusiasmo. No obstante, grandes avisos luminosos anuncian que todo va mejor. Disminuirá la burocracia y seremos el país que marchará a la cabeza de esas pobres republiquetas latinoamericanas no tan pobladas por europeos blanquitos, occidentales y ferroviarios. Bellos simuladores se reúnen en las whiskerías "with it" mientras los muros se resquebrajan. Si se los creyera, parecería que todo es normal (pues los asesinos matan, los ladrones roban, los comerciantes especulan, los censores prohíben películas, las call-girls copulan, los generales administran) y que hablar de naufragio es tarea de una minoría de sicóticos que procuran universalizar sus traumas.

Me acerco al centro de la ciudad: nuevas oleadas de no tan gozosos consumidores meditan sobre la posibilidad de encontrar la llave de algún paraíso artificial. Manadas de ciegos atildados miran las vidrieras de la calle Florida y de la avenida Santa Fe, sin darse cuenta que por allí jamás florecerá nada o que lo único "sancto" del circuito (no apto para mendigos ancianos, niños vendedores de aspirinas, lisiados harapientos u otros escombros que desencanten a los turistas tipo "O what a beautiful city, it reminds me of Paris") es el silencio que invalidan con sus gritos histéricos, sus opacas risotadas y sus sesudos diálogos sobre la píldora anti-conceptiva o las líneas del Mustang. La única plenitud que se permiten es una interminable y decisiva banalidad.

De pronto aparece un buen executive-man y me dice: "Pero pedazo de chiquilin inadaptado, quédense en su jaula y no venga a embromar la paciencia." Entonces desando mi peregrinaje hacia ese ángulo de Baires que llamo el Reducto porque allí nadie puede invadirme todavía, mientras el adaptado ciudadano soslaya esas incómodas columnas del diario que hablan de algo así como una guerra en Vietnam, Palestina, Congo, Adén, Nigeria, Hong Kong, Bolivia... y lee los resultados del Gran Premio, los chismes en torno al aborto de Grace Kelly, los avisos de un inconcebible tónico capilar "invento argentino". Y todos felices...

Pero no. Yo no soy feliz. Tengo mis instantes de plenitud, como regularmente, paseo con una niña mimosa, tengo discos de los Rolling y de Donovan... en fin, no puedo considerarme un desgraciado. Pero igualmente — y repito — no soy feliz. Un día murmuré que teníamos que convertirtos en dioses. ¿Acaso hemos llegado a ser hombres? Otro día me dije que entre la pena y la nada elegía la esperanza (¿qué es la esperanza sino una forma del desconcierto?). Hoy elijo levantarme y andar. ¿Hacia dónde? He allí la cuestión.

Noches atrás, tal vez presionado por el "Cada vez va quedando menos que decir" de Mafalda, soñé que comenzaba la Guerra Final. No fue nada patético. Observaba un lago calmo e incommensurable donde flotaban grandes flores planas similares al loto. Me sentía bien, tranquilo. Repentinamente percibí algo que no llegó a ser un relámpago. Todo se puso de un color blanquecino-rosado, podría decir incandescente. Y un enorme pétalo — uno solo — se alzó hacia el cielo de un brazo. No era un signo de imploración. Era como un gesto de rebeldía, casi con la convicción de que tal vez eso que se aproximaba podía mutar de pronto su naturaleza apocalíptica al tomar contacto con el pétalo desnudo, y al mismo tiempo, una actitud de vigilia similar a la del comandante que aguarda firme sobre el puente el hundimiento de su nave. La flor se alzaba y esperaba. Porque su raíz no le permitía ir más allá y porque su misión en la tierra estaba más acá. "Que sea lo que sea, y que venga lo que venga." Soy como el pétalo que erguido entre el ruido y la indiferencia espera pacientemente el comienzo de la tormenta, pero que al mismo tiempo pone en marcha un insensato desafío.

Las raíces etéreas del hombre permiten otro movimiento: la insurrección. Quizá ya sea tarde para impedir el estallido de la hecatombe definitiva. Pero nunca es tarde para la lucha. Y de esta situación absurda surge el inequívoco sentido de nuestra acción, con la neta certidumbre de que no nos convertiremos en estatuas de sal.

FABULA DEL PAIS OCUPADO

La New Falkland es una isla situada a medio camino entre la mediocridad y la nada. En sus comienzos fue gobernada por un Virrey al servicio de una corona europea. Luego vinieron — a grandes rasgos — una revolución de mayo, una revolución de junio, una revolución de octubre, una revolución de setiembre y otra revolución de junio. Textos pertinentes narran

que cierta húmeda tarde de mayo fue abolida la adoración de los Reyes, excepto los Magos, Momo, Palito y Pelé. Ese mismo día, pero a la noche, en la penumbra de un tambo se inauguró la Edad de la Conspiración. Otro gran evento fue cierto día de julio en el que se declaró la Independencia y se la proclamó "para todos los conspiradores del mundo que quieran habitar el suelo falklino". Y desde todo el mundo emigraron multitudes de traficantes que se esmeraron para devorar el nuevo queso recién ingresado a la gran familia de mini-naciones aptas para el saqueo. Por cada maravilloso inmigrante de buen corazón, llegaron a la Isla un pirata melancólico, un conspirador barbudo, un agente de cada uno de los Imperios Perennes y un maniaco-depresivo disfrazado de poeta. Los desconcertados aborígenes no supieron distinguir entre los que buscaban oro y los que buscaban la Fuente de Juvencia: se pusieron algo agresivos. Malón va, malón viene, fueron fervientemente desorejados. A diferencia de otras ex-colonias del archipiélago de Under América, la Isla no recibió afluencia masiva de indeseables africanos. Después arribaron más inmigrantes hermosos, más conspiradores patibularios y un Teniente General.

Sin prisa ni pausa, a cada Gobernante bien o mal avenido según la vigente Constitución, le surgía siempre un vasto número de opositores que sin altibajos sumaban la población total más uno (éste, el líder del Imperio desfavorecido por las inclinaciones bursátiles del recién llegado). A su favor, estaban invariablemente un séquito manso de chupamedias, las familias ilustres beneficiadas por el status quo y diversas personalidades de menor arraigo (este sector de isleños no puede ser vulgarmente considerado como "población" pues eran mucho más que pobladores: los Idus de Chapamama los habían señalado como depositarios del tesoro de la tradición —cuidado, no leer traición— y para señalar a las jóvenes generaciones el futuro de la falkanimidad). Y todos fueron felices, hasta que en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme otra revolución de octubre puso en circulación un peligrosísimo virus llamado Komunismus.

Hoy día, aunque "se los comen los de ajuera", los habitantes de esta Isla que nos preocupa practican un juego por demás ingenioso. En un plano están aquellos a quienes les importa un pito que todo se vaya a pique. Y en otro, una no declarada e involuntaria alianza de patriotas profesionales y de vetustos bolcheviques protagonizan una feroz competencia para ver quién produce con mayor velocidad el colapso decisivo que abra la puerta a otra Revolución que convertirá a la Isla en un Edén inmarcescible destinado a servir de ejemplo para los famélicos del mundo. El lema de esta estúpida empresa dice: "Comeos los unos a los otros."

MORALEJA: Un dictador laxa, dos purgan.

ELOGIO DE LA INMADUREZ

Desde Jujuy hemos recibido la carta más simpática del lustro. Dice: "Eco es tan ingenua que nos convence." En el trabajo por fusionar el arte y la vida sin caer en sistematizaciones y abstraccionismos, hemos ido y venido

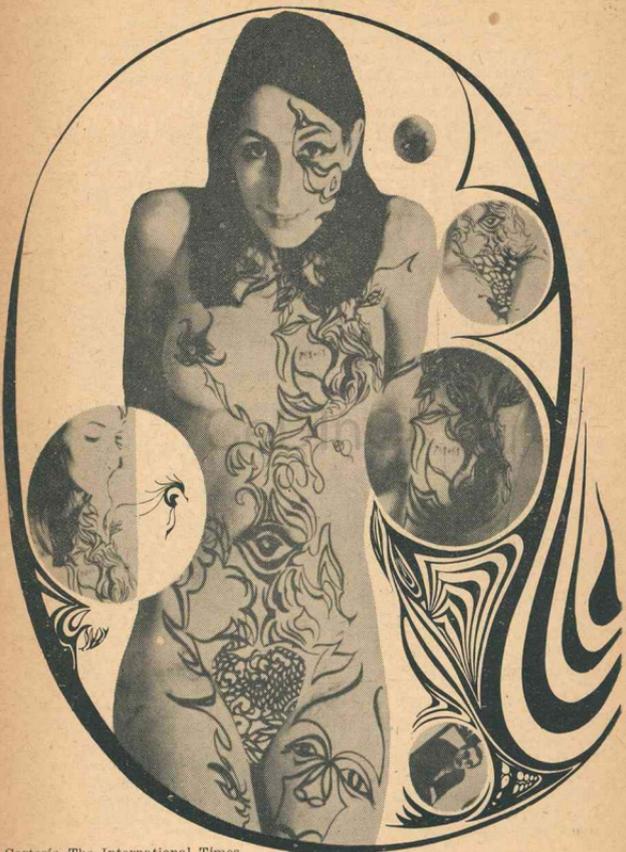
por los territorios de la contradicción. Pero en un punto, captamos que la **inmadurez** puede ser una virtud. Sobre todo cuando las llamadas "madurez" o "adulter" se convierten en sinónimos de vaciedad, formalismo e impotencia. Nuestra inmadurez no es una perifrasis de la torpeza o de la trivialidad. Significa una posibilidad de crecimiento, de potencia, de emancipación, de evolución: una resistencia al crepúsculo.

Hay una Argentina crepuscular habitada por los que Leopoldo Marechal bien ha llamado los **argentinos finales**: herederos de un pasado colonial, temerosos de cualquier alternativa de cambio e incapaces de trabajar por el advenimiento de la aurora. Nosotros —me refiero a los **siconautas**— transitamos una latitud de conciencia firme y afortunadamente inmadura.

Poseemos un gigantesco yacimiento de energía síquica y de materias primas ávidas de futuro. Lo flagrantemente adult-erado de nuestro país, desde las revistas de primeras planas hasta los Sres. Presidentes, pertenecen a un peldaño netamente superado por la historia de la humanidad. El grave error de los argentinos finales, reside en asumir la desacreditada vanidad del paternalismo autoritario. Esto hace que se crean depositarios exclusivos de la verdad, con cierto aire omnipotente-infalible bastante asqueroso. No perderemos tiempo predicando el fracaso de la autodenominada "Revolución Argentina", ni trabajamos por el derrumbe de sus dirigentes.

Para ésto se bastan solos. No creemos que Juan Carlos Onganía sea un sátrapa consumado, pero nos nausea la mayoría de sus colaboradores. No estamos a favor ni en contra del Teniente General. Ello implicaría darle una relevancia histórica de la que carece. Estamos a favor de la Argentina auroral, es decir, somos ingenuos. Sea quien sea el habitante de la Casa Rosada, nos es indiferente: la grandeza es patrimonio de los humildes y no de los petulantes predicadores de la salvación por decreto. Nos es indiferente, repetimos, mientras no nos declaren la guerra. Así como somos tiernos, pacíficos e insobornables; podemos ser crueles, obstinados y vengativos.

No dependemos de lo que el llamado Gobierno haga o deshaga. Tenemos nuestra propia faena, marginal, silenciosa y fascinante. Nuestra lealtad no existe para apoyar a un equipo de funcionarios incapaces de percibir los accesos al futuro, sino para trabajar en común con quienes anhelan la Argentina inaugural. La nuestra no es una lucha de clases ni de generaciones, es una lucha de conciencias: los fértiles contra los estériles cada vez que éstos se pongan delante. No le pediremos a la Nación que haga determinada cosa para nosotros, sino que pretendemos sugerirle una alternativa para sí misma, para su crecimiento pleno. El Capitalismo y el Comunismo han olvidado que "la supervivencia del hombre y sus necesidades evolutivas se antepone a todo sistema concebido por el hombre" (John McHale). Nuestro único "ismo" es el de la vanguardia investigadora, obsesión de jóvenes marginales que ante los profetas de la deformación alzan el baluarte de la inmadurez.



Cortesía The International Times

ELOGIO DE LA MARGINALIDAD

En su reciente discurso a las Fuerzas Armadas, el Teniente General anunció pomposamente que "el futuro ha comenzado". Y seguidamente copió el "dentro de la revolución todo, fuera de la revolución nada" de Fidel Castro, para decir con deplorable tono amenazador: "En la empresa no hay cabida para desertores ni remisos."

La R. A. del Sr. Presidente (que supimos conseguir) no puede arrogarse el monopolio del futuro, pues eso equivale a asumir una de las más funestas formas del mesianismo. Ellos dicen anhelar el **cambio de estructuras**, nosotros trabajamos por el **cambio de contenidos**. La Siconáutica es la pre-ciencia de la exploración del espacio interior, etc. Nuestro combustible fundamental es el Poder Joven: crearemos nuestros propios organismos culturales, sociales, educacionales, y económicos. Los siconautas son una tribu universal que tomará del cristianismo algunos valores inmutables pero que los enriquecerá incesantemente en pos del socialismo cósmico. El primer paso será levantar un inventario de nuestros recursos y el siguiente iniciar la gran aventura hacia la aurora. "La vida es como un río, su atractivo reside en que nunca deja de correr." Mientras desarrollamos el proyecto DELTA (**Dinamización existencial liminar trasmutable asistemática**) recaudamos fondos para crear un Instituto que actúe simultáneamente como Banco de Ideas y como centro formativo de una primera promoción de instructores siconáuticos.

Cuando una sociedad ha perdido su potencia germinadora y su capacidad de renovación, cuando la corrupción se hace casi total, los desertores y los remisos son la sangre del futuro. Vivimos rodeados por muchedumbres de resentidos domesticados: conversadores de una "derecha" que protesta y de una "izquierda" que apuesta. Nuestra inmadurez no es una sumisión a lo pueril, sino un modo de preservar el fuego de la adolescencia, la imaginación creadora y el dinamismo existencial. La adultez que la sociedad convencional predica es una manera del conformismo, la codicia y la tergiversación. Madurar es humano, florecer es divino.

El Teniente General habla de **cambiar las estructuras** pero hace persistir los mecanismos de la explotación, del privilegio y de la sumisión a los intereses foráneos. Su "cambiar las estructuras" es hacer que todo siga igual pero que no se note, para que todos obedezcan a la voz del amo y nadie disienta, para que todos sean mediocres contribuyentes al fisco en vez de "hermosos girasoles dorados creciendo en el atardecer". Así aumenta patéticamente la desertión escolar y la delincuencia juvenil, así se crucifica al pueblo tucumano o se desmantelan carreras universitarias capitales como Psicología (prohibiendo que sus egresados ejerzan la sicoterapia y autorizando monstruosamente a los médicos clínicos para que lo hagan sin exigirles capacitación). En vez de disseminar las semillas de una nación potente, evolutiva y soberana, se siembra el veneno de la prepotencia, el retroceso y el imperialismo, llegando a los argentinos con opciones falsas y promesas incumplibles.

Nuestros siconautas se marginalizan, optan. Y en cierta medida son hermanos de otros hombres y mujeres menos capacitados que son marginados, que no optan y son empujados al abismo del hambre, la ignorancia y la desesperación. Se produce ahora el lanzamiento de una Ley anti-comunista. Ya sabemos (remember MacCarthy) y acaba de recordarlo el historiador norteamericano Arthur Schlesinger Jr., a qué abusos lleva el dar poder a los mediocres para determinar qué es **comunismo** en la sociedad actual. Más que nada, esas legislaciones sirven para que los burócratas anulen el derecho de disentir y para que los gendarmes persigan a los no domesticados. La marginalidad no es placentera, duele a menudo, y mucho.

En nuestro primer editorial anotamos: "Sin ayuda podemos destetarnos y acabar con los dictadores de un golpe certero. Y en el plano general, guiarnos sin el amor de otras naciones." No aspiramos a ser epígonos de algo o de alguien. Apuntamos hacia metas que van más allá de los manoseados "valores" individualistas y burgueses. Evocamos la imagen de John McHale:

El futuro del pasado está en el futuro.
El futuro del presente está en el pasado.
El futuro del futuro está en el presente.

Somos leales a todo lo que posibilite el futuro. Paz es potencia: no la potencia del oro y de los cañones, sino la potencia de la sabiduría y el crecimiento. Hacia el futuro avanzamos con todos nuestros recursos y con todos quienes anhelen confluír en la gran aventura de la aurora. Dejaremos a muchos en el camino, no por impiedad, sino porque será el único modo de no traicionarlos. Y muchos de nosotros quedarán en ese mismo sendero, para señalar a los que vienen algunos de los peligros que acechan. Los profetas de la Tecnocracia rivalizan con los paladines de la Timocracia y los adalides de la Mesocracia para conquistar un puesto en la traición.

Nosotros seguiremos, indómitos y marginales, aún contra aquellos que tratan de detenernos simplemente porque no se animan a entender el significado profundo de la libertad. "Y al romper la aurora, armados de ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades."

No hemos olvidado el idioma de la ternura. Y las computadoras pueden convertirse en viscosas aliadas. La vida es como un río, busquemos el país del río. Ese reino como una fuente de cristales en el jardín que crece a gran distancia de la roca y dentro de la roca. Como un viento huracanado que brama en el silencio del monte mientras el monte determina la dimensión del bramido y el viento suprime las dimensiones. Como una garúa flotando sobre la calle con arbustos, cuando los arbustos flotan sobre la luz y la calle es una pirámide de gotas. Como una hoguera al principio de las imágenes, ardiendo con colores formados al final de la memoria porque el color no tiene olvido y las llamas son el lenguaje del poema que invalida la sombra.

Allí, el ojo es un verso sin palabras y los cuerpos generan como ciclotrones la arquitectura del amanecer.

Poder Joven

MOVIMIENTO NUEVA SOLIDARIDAD

El **MNS** nació en agosto de 1963 cual una Liga Interamericana de Poetas con Henry Miller como gran derviche honorario y Miguel Grinberg como coordinador. En febrero 1964 celebró un Primer Encuentro en México y emitió una Declaración aún vigente (ver **Arte y rebelión** N° 1). Posteriormente se efectuaron reuniones anuales, pero sin dar información alguna a la prensa masiva-comercial que todo lo distorsiona.

El **MNS** no es una agrupación política ni un club literario, sino un organismo experimental embarcado en una revolución síquica cuya meta inicial es la liberación del ser. Ante la mediocridad del Poder Civil, la insensibilidad del Poder Militar y la futilidad del Esquema Bolche, alza el baluarte del **Poder Joven**: una fuerza generativa tan revolucionaria como la mejor guerrilla y tan irreversible como la vida misma.

PROYECTO DELTA

El **MNS** ha puesto en marcha un operativo de **Dinamización Existencial Liminar Trasmutable Asistemática** sobre el que no hará publicidad. Ante la caducidad flagrante de las Falacias Establecidas, el mundo asiste una ofensiva oscurantista. La prohibición aquí de **Salvados** (Bond), **Blow-up** (Antonioni) y **La vuelta al hogar** (Pinter), de los clásicos en Grecia o de la melena y la minifalda donde quiera que un neo-troglodita mande; la quema de libros a cargo del correo de Lima; el arresto de curas indóciles y de sacerdotes pro-estudiantiles en Brasil, y de Fernando Arrabal en España, dan el síntoma de una histeria represiva que so pretexto de defender a Dios y a la Patria amordaza a los indómitos.

Para trabajar por la libertad, el **MNS** no necesita recibir instrucciones desde La Habana. Su estrategia la dicta el corazón y sus activistas son derviches locos con secreto amor terapéutico, amor que no puede comprarse o venderse, y que los trogloditas temen más que a la revolución violenta.

